



Universidad Autónoma
del Estado de México

Sucedió en Pasajeros

LUPITA ARCHUNDIA





Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Rector

Doctor en Ciencias Computacionales

José Raymundo Marcial Romero

Secretario de Docencia

Doctora en Ciencias Sociales

Martha Patricia Zarza Delgado

Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados

Doctor en Ciencias de la Educación

Marco Aurelio Cienfuegos Terrón

Secretario de Rectoría

Doctora en Humanidades

María de las Mercedes Portilla Luja

Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Ciencias del Agua

Francisco Zepeda Mondragón

Secretario de Extensión y Vinculación

Doctor en Educación

Octavio Crisóforo Bernal Ramos

Secretario de Finanzas

Doctora en Ciencias Económico Administrativas

Eréndira Fierro Moreno

Secretaria de Administración

Doctora en Ciencias Administrativas

María Esther Aurora Contreras Lara Vega

Secretaria de Planeación y Desarrollo Institucional

Doctora en Derecho

Luz María Consuelo Jaimes Legorreta

Abogada General

Maestra en Salud Animal

Trinidad Beltrán León

Secretaria Técnica de la Rectoría

Licenciada en Comunicación

Ginarely Valencia Alcántara

Directora General de Comunicación Universitaria

Doctor en Ciencias Sociales

Luis Raúl Ortiz Ramírez

*Director de Centros Universitarios y
Unidades Académicas Profesionales Región A
y Encargado del Despacho Región B*

Sucedio en Pasajeros

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS

Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Rector

Doctora en Humanidades

María de las Mercedes Portilla Luja

Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Director de Publicaciones Universitarias

Cuarto Concurso Universitario de Literatura

“Horacio Zúñiga Anaya” 2023

Jurado

Gustavo Ogarrío Badillo

Comité organizador

María de las Mercedes Portilla Luja

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Eder Enríquez Castañeda

Sucedió en Pasajeros

Lupita Archundia



Universidad Autónoma del Estado de México

“2024, Conmemoración del 60 Aniversario de la Inauguración de Ciudad Universitaria”

Primera edición, abril 2024

Sucedió en Pasajeros

Lupita Archundia

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote., Col. Centro

Toluca, Estado de México

C. P. 50000

Tel: 722 481 1800

<http://www.uaemex.mx>

Registro Nacional de Instituciones y Empresas Científicas y Tecnológicas (Reniecyt):
1800233



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-792-9

Hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad de las personas autoras.

Director del equipo editorial: Jorge Eduardo Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Díaz Porras

Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis

Corrección de estilo: Alma Lilia Oria Cerón

Diseño y formación: Mayra Flores Mercado

Diseño de portada: Luis Maldonado Barraza



CONTENIDO

9	Presentación
15	I
27	II
51	III
61	IV
69	V
83	VI
97	VII
107	VIII

119	IX
135	X
151	XI
161	XII
170	XIII
183	XIV
213	XV
231	XVI
253	XVII

PRESENTACIÓN

Además de velar por la calidad y pertinencia de su oferta académica, las universidades están obligadas a vincularse con su medio aportando al desarrollo de la ciencia, la cultura, las artes y las letras. Es por ello que la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEMEX) emprende acciones con el propósito de fomentar el interés por la lectura y la escritura entre la comunidad universitaria y la sociedad en general. Es la literatura el arte que nos permite expandir nuestro pensamiento, nuestra imaginación, soñar alto, además de que constituye la medida auténtica de una cultura humanística y universal.

La universidad es un lugar propicio para crear y difundir productos artísticos, en el que convergen el conocimiento científico, la sensibilidad estética y la reflexión ética de todos sus integrantes.

Es así que el Concurso Universitario de Literatura “Horacio Zúñiga Anaya” representa un espacio de expresión para las y los estudiantes de nivel medio superior y superior de esta casa de estudios. Este certamen lleva el nombre de un institutense diestro en las artes literarias, de un maestro, orador y

periodista que sigue siendo un modelo de la literatura imaginativa, lúcida y congruente.

En la cuarta edición de este concurso, la galardonada en la categoría de narrativa fue Guadalupe Alarcón Archundia, alumna de la Facultad de Humanidades, por la obra *Sucedió en Pasajeros*.

En cuanto a poesía, el premio se otorgó a César Flores González, estudiante de la Facultad de Antropología, por *Matlatzinco*.

Porque escribir es el camino que recorremos hacia los otros, la tarea respecto a la educación estaría incompleta si no se proporcionaran a las y los alumnos tanto herramientas de lectura y escritura como los espacios para promover su creatividad y dar a conocer su obra. El resultado de esta cuarta edición del Concurso Universitario de Literatura “Horacio Zúñiga Anaya” hace constatar la variedad y calidad de los trabajos recibidos, haciendo que nuestra institución refrende su compromiso con la difusión de las diversas manifestaciones de la cultura y el arte.

PATRIA, CIENCIA Y TRABAJO

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

CARLOS EDUARDO BARRERA DÍAZ

Rector

A los traicionados

*Y por siempre a Eduardo Zermeno:
te condeno a tu tormento
más grande,
la fama y la
inmortalidad en el
infierno de mi pluma*

*Había una persona que
podía comprenderme, pero fue
precisamente,
la persona que maté*

— *El túnel,*
Ernesto Sábato —

I

La nota del periódico decía que el asesinato de Edmond Zazueta lo pudo cometer cualquiera, porque habían estado corriendo rumores inquietantes sobre él en la academia. Pero las noticias son falsas, casi supuestas por los investigadores.

En este país —¿y cómo no iba a ser así? — los crímenes se olvidan rápido, pasan como una corriente de agua turbia; la gente se conmociona un instante y luego todo transcurre con la misma rapidez con que se cierran las carpetas; además, pocos casos de asesinatos provocan escándalo durante un tiempo, después empiezan a ser un tema de especulación en las conversaciones casuales, hasta olvidarse. Aquí la gente es tan hipócrita; para poner su atención en un crimen este tiene que provocar misterio y disputa; tuvo

que haber sido ejecutado con elegancia, y la víctima, preferentemente, debe tener cierto prestigio.

16

He leído y escuchado todo lo que se dice sobre el crimen que provocó discusión entre artistas y gente común; la muerte de un hombre cuya fama estaba despegando en los terrenos del teatro, suscitó la curiosidad y el morbo por conocer los pasajes más dramáticos de su vida, y los posibles motivos que lo llevaron a ese final lleno de nubarrones que nadie puede resolver. Pero es que toda conexión entre los episodios que inútilmente intentan conectar es falsa. Lo sé porque fui yo, Luisa Almaraz; yo maté a Edmond Zazueta, y la realidad del crimen que cometí no debe ser pasajera.

Él no habría querido que esto se supiera, odiaba la fama y le preocupaba demasiado su imagen pública, pero está muerto y, quizá, muy pronto, yo también lo estaré.

Importa el principio y saber que lo quise, que lo quería con alcances que él no pudo comprender, ni siquiera aquel día en que sus ojos se llenaron de horror por última vez. Espero, lector, que juzgues bien los hechos; la muerte no es más terrible que otros acontecimientos que se experimentan en los orbes del amor. Voy a contar nuestra historia más secreta y el crimen que me llevó a un cuarto de paredes húmedas y descoloridas que se despellejan en tanto la tinta cubre estas hojas. Lo que escribo es una oportunidad para que se entienda por qué maté a Edmond Zazueta; es preciso que lo haga antes de que acusen a otro intelectual del crimen y mi nombre no figure ni siquiera en su registro de muerte.

Poco puedo recordar del tiempo anterior a su nombre.

Accedí con desgana a colaborar en la publicidad para una campaña política, favor

que me pidió un viejo amigo en nombre de un candidato, del que ya no recuerdo ni siquiera su rostro. Me llevaron a una academia de danza, y mientras subíamos las escaleras para llegar a un segundo piso, escuché la voz del hombre de la camisa con los colores de su partido, cuidadosamente planchada, hablando la mayor parte del tiempo sobre el joven que se encargaría de la grabación; aún escucho sus palabras diciendo que el muchacho era un artista como yo. ¿Es *como yo*? Pensé durante breves segundos en los que compartí su entusiasmo, pero mi desinterés era tan evidente que sólo me dedicaba a asentir o negar con la cabeza cuando me hacían preguntas. Que era más joven y que la política no me interesaba es una verdad que ahora tampoco puedo negar; me causaba repugnancia la manera en que esas personas fingían una imagen para conseguir la atención del público, pero no me atreví a salir de la academia.

Ahora tengo la profunda convicción de que no importan los motivos que me llevaron a ese lugar, sino el encuentro con Edmond.

Si nuestros conocidos llegasen a leer esta historia no debe ser para condenarme, sino por comprender hasta dónde se puede llegar en aras de un amor premeditado por dos locos.

Edmond siempre me dijo que la idealización destruía a la gente y sus amores. Puedo recordar que antes de él estuve enamorada de un hombre diecisiete años mayor que yo, y que las ilusiones me llevaron a creer que mi vida se terminaría a su lado; ahora vislumbro tenuemente los ideales que construía y que, en efecto, habían provocado una destrucción que me acompañó hasta el día que conocí a Edmond.

Yo no era entonces una escritora reconocida, pero el nombre de Luisa Almaraz empezaba a sonar; ahora no seré recordada por otra obra que el asesinato. No olvido al candidato explicando

con optimismo cómo deseaba que me mostrara en la grabación. Su campaña decía querer motivar el arte en los adolescentes; habló de muchas cosas mientras esperábamos al joven que tanto había nombrado en la última hora. Me reía internamente de él y su felicidad desmedida, pero luego apareció la figura que selló mi camino. Cuando miré su silueta de reojo me invadió la sensación de haber visto a alguien conocido, alguien por quien en esos tiempos sentía un cariño desesperado. Ese otro tiempo del que hablo me lleva a una serie de imágenes que parecen ajenas, como si nunca las hubiera vivido.

Edmond Zazueta se paró frente a mí y me tendió la mano sin dejar de mirarme con hondura, para arrancarme de la mente las quimeras de mi pasado y abarcar una fascinación jamás experimentada. En sus ojos vislumbré torpemente su historia y un misterio que él no

podría imaginar que yo ya estuviera dispuesta a descubrir. Nos miramos sin atrevernos a decir una palabra antes que el otro, pero el gesto no fue simple ni frívolo, estaba acompañado de un deseo inexplicable por compartir algo: un beso, una caricia. Sin conocernos, sin saber de qué colores eran los trazos de nuestras vidas, lo supe de inmediato, sería para morir.

Me dio un libro y una taza de café. Todo transcurrió con rapidez, me grabó leyendo en el patio de la academia, conversando con un miembro de la campaña y escribiendo un poema. Tuve el deseo de escaparme de las escenas falsas y que toda esa gente se esfumara para quedar a solas con él, preguntarle sobre sí mismo, mirarlo con detenimiento, ver su reacción si me atrevía a besarlo.

Me es casi imposible hablar del amor anterior a Edmond, porque lo cierto es que ya casi no lo puedo evocar, pero mi memoria

guarda ese instante en el que finalmente, después de la dolorosa ruptura, volví a sonreír.

Ahora no estoy segura de lo que Edmond sintió y nunca se lo pregunté porque entonces creía saberlo. Esa mañana dijo que era necesario entrar en un salón de la academia para grabar mi poema sin voces de por medio y el ruido de los automóviles. El candidato y su gente se quedaron en el patio esperándome. Nuestro paso por las escaleras fue silencioso, pero la mirada lasciva de ambos volvió el tramo interesante.

—¿Qué estudiaste? —pregunté mientras me sentaba frente a él tras haber entrado en un salón de música.

Edmond había estudiado actuación y teatro para aventurarse a abrir su propia academia de danza y música. Sus respuestas a mis preguntas fueron rápidas, pero pude notar el nerviosismo en las palabras que su boca desprendía. Se acercó a mí con un micrófono y me pidió que comenzara.

El poema lo sabía de memoria, hablaba sobre lo prohibido, la vida sin pretensiones moralistas, el desprecio por las leyes y el deseo de un amante. Edmond me miraba a los ojos todo el tiempo, asintiendo ligeramente con la cabeza y una media sonrisa en los labios. Me pidió que lo leyera tres veces más. Una ola de sensaciones se apoderó de mí; me repetía en la cabeza que posiblemente había encontrado a alguien que verdadera y extrañamente entendía mis palabras, y mientras le leía, era como si lo que decía fuera para él.

—Qué inspirador escucharte —dijo mientras guardaba el equipo de sonido.

Noté una ansia particular en él por la manera en que caminaba de un lado a otro, era como si quisiera decirme algo. Yo lo miraba escudriñando cada detalle en sus movimientos y conteniendo en silencio el deseo de besarlo, de pedirle que representáramos la historia que se

contaba en el poema; mis labios, mi cuerpo, mis ojos se lo gritaban.

Nadie habría podido imaginar que un encuentro como ese terminaría de la manera más atroz.

—¿Qué edad tienes?

Mi pregunta lo sorprendió, se rascó la sien y por un instante se quedó quieto en medio del salón.

—Veintiocho —respondió.

Noté un aire de incomodidad en sus palabras, pero no dejaba de mirarme con atención.

—Pareces más joven—mentí.

Edmond tenía los años expuestos en la mirada y las pocas canas. Pero en realidad esperaba que respondiera eso, que me dijera que tenía más de veinticinco años, y cuando lo hizo mis deseos se volvieron imperiosos.

—Tal vez porque no estoy casado y tampoco tengo hijos.

No preguntó mi edad, pero supe que estaba esperando el momento para darme esa información, que quería que lo supiera. En mí se formó una esperanza de volver a verlo; quise decirle que esa misma noche, y la siguiente, todas y cada una de las noches. Cuando pidió mi número de teléfono supe que eso podía ser posible, que se sentía como yo.

—Vamos, te están esperando allá abajo.

Le sonreí y me volví hacia la puerta. Cuando estuvimos abajo intercambié una conversación rápida con el candidato, mirándome de vez en cuando. Al despedirnos lo hicimos con firmeza, acariciando ligeramente nuestras manos al momento de soltarnos; ¡Qué muestra de deseo tan sutil esa de una caricia intencionada!

Es necesario que hable sobre cómo sucedió el primer reconocimiento; se ignora que es el principio de todo, el momento de mi destrucción. Los más cercanos saben que, tras

habernos encontrado esa mañana, continuamos viéndonos, pero desconocen la relación que comenzó tras aquel día y que disfrazamos de amistad.

26

Cometí innumerables errores, y me arrepiento de muchas cosas, pero no del asesinato.

II

Cuando conocí a Edmond una nueva esperanza me nació en las entrañas; dejé atrás los pensamientos dedicados a mi primer hombre y de pronto me sorprendí al descubrirme cada noche pensando en el momento del salón y el poema. Al conocerlo todos los dolores que sentía en la memoria habían desaparecido. Me hubiera gustado decirle, que supiera la razón de que quisiera verlo, pero nunca me dejó hacerlo.

Una semana después del día que nos conocimos planeé un encuentro sorpresivo; no me había llamado y me atormentaba el hecho de que me hubiera olvidado. La academia estaba cerca de los despachos de mi familia, no era sospechoso que de pronto tomara el rumbo

por las calles que me conectarían con él. Lo hice varias ocasiones, esperé y esperé en diferentes horarios, pero nunca lo vi; llegué a sentir que hasta lo había imaginado, que Edmond Zazueta y la conexión compartida en realidad sólo había sido una suposición hecha por mí.

Cuando estaba por resignarme a la idea de que era posible no volver a verlo, recibí su llamada.

—Me encantó tu poema —dijo durante la conversación.

—¿Puedo saber por qué?

Quería que me lo dijera, escuchar de su boca que se sentía como yo.

—Por su profundidad y porque me hizo querer saber qué hay detrás de él, su historia. ¿Puedes contármela?

Hablar de mi poesía implicaba hablar de mis pasiones. Lo hice, le conté mis secretos y los motivos de que me estuviera dedicando a la

literatura. Conversar con él fue mágico, como si algo muy grande nos conectara.

—No puedo explicar lo que estoy a punto de decirte, pero cuando te conocí, inmediatamente quise volver a verte para que esta conversación sucediera.

Esperaba que contestara que él también, que compartía mi sentir, que quería resolver el misterio entre los dos, y lo dijo, todo sucedía tal como lo premeditaba.

—De hecho, debo decir lo mismo.

Hablamos toda la madrugada; me acompañó en un extraño desvelo que revelaba nuestra intensidad. Por primera vez en mi vida sentí que alguien estaba a la altura de mis ambiciones y locuras; la curiosidad era devastadora y ambos mostramos un interés esencial que se prolongó por un mes entero en el que sólo conversamos por teléfono. Nunca hubiera imaginado que esas conversaciones se convertirían en todas las

razones para quedarme a descubrir quién era Edmond Zazueta.

En varias ocasiones llegué pensar que las cosas entre nosotros debieron quedarse en las horas que duraron esas llamadas, que pudimos haber aceptado que existía alguien en el mundo que se sentía igual, pero simplemente agradecer a la distancia aquel atinado gesto de la vida; dos artistas llenos de magia no deben compartirse, porque representarían un exceso, genuinas y brutales corrientes que terminarán por destruirlos.

Ya mencioné que pasó un mes antes de volver a vernos; en ese tiempo traté de prolongar más la primera cita. Supe que él estaba saliendo con alguien, pero se trataba de algo realmente serio. Tenía una relación aparentemente estable y él no lo había mencionado; me enteré poco después de la primera llamada. Comencé a pensar en la idea de que lo nuestro se quedaría en un solo

encuentro, para llevar nuestros deseos hasta el final. Después de todo él, estaba comprometido y a mí me abrumaba una interminable lista de fantasmas de los que no podía desprenderme todavía. La seducción de una aventura inolvidable nos invadió a ambos. Es posible que Edmond buscara salir de la costumbre, que realmente estuviera consciente de que no llegaríamos a nada, que le bastara con vernos y conservar la duda respecto a lo que pudimos haber sido.

—¿Qué edad tienes?

Es esa una pregunta que no debimos hacer nunca, dejar la incógnita lo habría cambiado todo. Porque al mundo no le importa cómo son los amantes, sino lo que hacen juntos, lo lejos que pueden llegar; anhelan su deseo y la valentía que corren para vivir instantes enérgicos. Pero a Edmond siempre le preocupó lo que los demás pudieran pensar, por eso despreciaba la brecha entre nuestras edades. Yo tenía dieciocho años

cuando lo conocí, y no es verdad que él tuviera veintiocho, en realidad estaba cerca de cumplir treinta y uno. Es cierto que al principio corrimos juntos el camino de lo prohibido, pero mientras el tiempo transcurría, la única persona que se enfrentaba a la peligrosidad de los encuentros era yo.

En este principio que recuerdo, Edmond decía que no importaban los años porque yo tenía la capacidad para estar con él como si fuera al menos seis años mayor, pero era inútil la forma en que él mismo trataba de convencerse de eso. Pudo haber ignorado sus impulsos y obligarme a frenar los míos, pero por una razón que no entiendo siguió adelante. Se puede pensar que ese deseo incalculable que nos sometió a ambos fue su justificación, pero en realidad aquello es sólo el motivo de nuestra destrucción.

Las llamadas telefónicas se prolongaban

cada vez con más frecuencia; a veces quería salir corriendo a buscarlo, tenía la ventaja de saber dónde estaba la mayor parte del tiempo, de manera que planeaba una casualidad convincente y la conversación; pero tan pronto me daba cuenta de que podía encontrarlo con su novia en la academia, abandonaba la empresa.

—Quiero descubrir hasta dónde llegará esta aventura de artistas locos —dijo en una ocasión. Mi corazón dio de saltos; Edmond estaba dispuesto a la aventura, a la locura, a mí.

Un 11 de mayo, a unos días de mi cumpleaños diecinueve, acordamos la cita en un café del centro de la ciudad. Estuve ahí mucho tiempo antes de la hora acordada, escribiendo sobre la sensación de salir con un hombre que no era aquel del que estuve enamorada; después de esa ruptura me había prometido no volver a amar con tal intensidad, pero qué joven era y qué lejos estuve de saber que dicha pasión

sería superada por mucho; hubiera querido vislumbrarlo cuando estaba esperando a que Edmond se apareciera, en ese instante en el que me tallaba las manos contra las piernas. Un día antes, había buscado con desespero entre el armario un vestido que no hubiera usado antes para mi primer amante; quise cambiar de piel, cabello y labios; fue como anhelar un cuerpo sin señales de caricias, como desear ser virgen de nuevo y sólo para él.

La mañana estaba en quietud, pocas personas caminaban por la acera sin detenerse a contemplar los rayos de sol que pegaban contra los vitrales de colores que yo miraba mientras me preguntaba qué razón tendría Edmond para traicionar, o si en realidad no existía ninguna razón y él simplemente estaba acostumbrado a hacerlo.

—¿Estás enamorado? —pregunté en una ocasión durante las llamadas nocturnas. Su respuesta debía ser obvia. Edmond no podía

estar enamorado y haberme mirado con ese inexplicable deseo el día de la grabación.

—He estado enamorado —suspiró—, esa es la respuesta.

Nunca reproché su compromiso; aquella mañana había salido de casa con la idea de que esa sería la última vez que lo vería; sabía que las cosas podrían llegar lo lejos que no pudieron el día del salón de música y el poema. Después volvería a las noches tormentosas que me acompañaban desde la despedida de mi primer hombre. Podría continuar con la esperanza de volver al pasado que en ese momento —sin darme cuenta y de manera decisiva—, estaba dejando atrás.

Odio mi maldita costumbre de anticipar los hechos, porque casi siempre resultan contrarios a lo que dispongo.

Lo miré bajar de un automóvil negro; llevaba puesta una camisa azul y lentes oscuros;

cuando me abrazó, todo su aroma invadió mis sentidos, me vulneró y me provocó la necesidad de acariciarle el cabello, de tocar con mis manos su barba y fundir mis labios bajo su bigote negro de estilo inglés. Rápidamente imaginé las palabras que usaría para pedirle que escapáramos inmediatamente, no había tiempo que perder, era el momento de retar nuestras intensidades y poner en práctica las cosas que nos habíamos dicho por teléfono. Abandoné la posibilidad por temor a que pudiera pensar que hacía eso con todos los hombres que pasaban por mi camino y elogiaban mis poemas. Habría querido decirle que nunca tomaba en serio la mayoría de las críticas, especialmente de quienes no se dedicaban a la literatura. Solía despreciar la forma en que alguien opinaba al respecto sin una vida vehemente reflejada en la mirada; no me molestaba la audiencia que llegaba a escuchar mis escritos y decía

sentirse profundamente conmovida, sino los sabihondos que en ocasiones se acercaban para hablar de que tal cosa no podía ser así, adornando estúpidamente el lenguaje para que el resto de una multitud se convenciera de su opinión; lo aborrecía incluso cuando elogiaban la obra. Viene al caso que lo explique porque así se puede entender que era la primera vez que no despreciaba a alguien por dar una crítica sobre mi trabajo. Fue por una razón: creí ver en la profundidad de los ojos de Edmond una vida diferente; se me ocurrió que al ser un artista podía llegar a compartir conmigo el prodigio de encender luces en oscuridades insólitas, o en el contrario de los casos, apagar la más brutal de las llamas y convertirlo todo en un aterrador cenagal. Porque los artistas tienen una infinidad de caminos en sus laberintos que por momentos pueden conducir al placer, o a las sombras del miedo y la melancolía.

Esa mañana fue la primera vez que compartí temas de literatura con alguien; Edmond escribía teatro. Me habló del argumento de su obra y yo de mi sueño de publicar pronto un poemario. Es sorprendente la facilidad con la que toqué dicho asunto; él tenía un interés persistente en la historia que contaba mi poesía y no se le agotaban las preguntas.

Estoy convencida de que mientras compartíamos aquel café tan esperado en un restaurante que se encontraba a un costado del Teatro Morelos, ambos cuidábamos nuestras palabras; que no dijeran más de lo que debían para conservar el misterio, que no fueran a arruinar el clandestino encuentro.

—¿Quieres ir a caminar? —preguntó Edmond después de liquidar la cuenta. Le respondí con una sonrisa y caminamos torpemente hacia La Alameda.

Traté de contar mis pasos para distraerme y procuraba no pisar las líneas en el camino. Mis nervios estaban a la vista, toda la figura de Edmond me hacía sentir indefensa. ¿Se habría dado cuenta? Caminábamos en silencio y de vez en cuando intercambiábamos sonrisas. Teníamos mucho que decir, pero la cuestión era quién sería el primero en lanzar la propuesta y quién se tiraría al vacío. Estuve a punto de decírselo, había repasado las palabras en mi mente: “Escucha, necesito decirte que cuando nos vimos por primera vez sentí que el destino hizo de nuestro encuentro una jugada intencional, presiento que hay una apuesta inexorable, que tú y yo estamos aquí por algo”. ¿Sería el momento? Lo miré de reojo; su manera de caminar y un rayo de luz en su rostro me hicieron sentir un cosquilleo. Finalmente puso su mirada en la mía; noté que bajo aquel gesto indescriptible también lo abrumaba una

especie de incertidumbre, pero las palabras que pronunció le dieron sentido a todo lo que antes había estado pensando, descartando que mi hipótesis fuera una locura.

—¡Todavía eres una niña! Mira este vestido y zapatos —dijo acercándose con lo que debía ser miedo o respeto, pero demostrando determinación— ¿Te puedo dar un beso?

Presiento que si mi respuesta hubiese sido negativa, él me habría besado de igual manera.

Hice lo mismo, con el corazón hinchado de alegría y las piernas temblándome como si todavía tuviera quince años. Puse las manos en su pecho y él me atrajo con las suyas, pero no sentía el tacto de sus dedos, no lo sentía en absoluto; todo estaba concentrado en la unión de nuestros labios. Para mí fue devastador, significaba el principio de un cataclismo. Para Edmond pudo no significar nada más que una aventura, el eslabón que lo

llevaría a personificar lo prohibido en el poema que tanto lo cautivó.

Dio la vuelta y me llamó para que no dejara de caminar, pero yo estaba fuera de mí, como en sueños; lo seguía sin saber exactamente el lugar al que pretendía llegar; me dijo algunas cosas, planes de trabajo y proyectos. ¿He mencionado que le encantaba hacerlo? Edmond hablaba de sus sueños como si fuera un niño; el hambre en sus ojos fue una de las cosas que más llegué a admirar de él. Desde el principio advertí la dureza en su mirada, como una forma de decirle al mundo que era imparable.

De pronto nos encontramos vagando entre calles vacías que ya no reconocí. Nunca, ni siquiera mi primera vez en los brazos de un hombre, causó una turbación como la que estaba sintiendo en ese momento, nunca. Lo miré con nerviosismo; sus ojos se volvieron lascivos, toda la mirada cambió en su rostro, y de pronto

—como si ya no pudiera contenerse—, se detuvo y me acorraló contra la pared, inclinándose hasta mis oídos.

—Te tengo una propuesta —murmuró.

—¿Qué clase de propuesta?

Quise apartar los ojos de su gesto intimidante, pero me hundí más en el enigma que escondían sus intenciones. Un mes entero planeando encuentros y deseando que ese momento llegara fue un motivo suficiente para no frenar el curso en el que se estaba conduciendo la situación.

—Quiero ir a un lugar en donde podamos estar solos. Bajo su lascivia había un aire de ruego y esperanza.

—Estamos solos —respondí mirando un instante a mi alrededor y animando sus próximas palabras.

—Aún más solos —dijo acercando su nariz a mi cabello —. Por ejemplo, un hotel.

Las palabras se desprendieron firmes de su boca, sin muestras de pudor. Lo miré desde mi disfraz de niña, y luego le mentí.

—Es que yo —vacilé unos segundos retrocediendo hasta que la pared no me lo permitió más—... nunca he estado con un hombre.

Lo que le dije no fue una mentira intencionada, pero jamás se lo expliqué, ni siquiera cuando descubrió el engaño. Se lo dije porque de cierta manera yo estaba volviendo a nacer, resurgiendo de un pasado lastimoso, y eso fue como si conocerlo me hubiera devuelto a la vida; era virgen de nuevo para sus arrebatos.

No olvido cómo me miró al escuchar las palabras que pronuncié con inocencia. De no contener sus impulsos, habría podido hacerme el amor ahí mismo.

—Yo sé cómo se tiene que hacer el amor, te prometo que lo haré inolvidable. Ahora que

evoco el instante con un cigarrillo en la boca y la tinta manchándome los dedos, muy lejos de volver a ser la misma niña hechizada de esa mañana, me doy cuenta de que esa es la única promesa que Edmond cumplió, la única cosa en la que no me falló.

Me condujo de la mano y sin prisas hasta la entrada del hotel. Mientras se acercaba a la recepción, me quedé parada mirando la fachada de la construcción.

¿Cómo saber en ese momento que aquel sitio —el *Hotel pasajeros*— se volvería el punto de todos nuestros encuentros? Tal vez lo vislumbré, y por eso no podía dejar de mirar las enormes letras doradas en la entrada. Edmond tuvo que ir a tomarme de la mano para llevarme a la habitación, porque de no ser así, habría pasado horas mirando esa vista.

Lo miré cerrar la puerta de la habitación desde un borde de la cama; su altura, símbolo de

hombría; su cabello, con el color de un cuervo, quebrado y rebelde como su espíritu; la forma de su espalda, cada movimiento y cada aroma que se desprendía de él, me llevó a cometer toda una serie de acciones descabelladas que terminaron en la amargura; convertimos nuestro deseo en un lóbrego pantano de dudas y rencores, y ahí se ahogaron también todas las cosas buenas que en ocasiones conseguimos hacer el uno por el otro.

Últimamente he pensado que todas esas cosas me pasaron porque soy escritora; alguien normal habría suspendido el encuentro ante tales presentimientos. Pero no soy una persona normal, y esa mañana estaba segura de que Edmond tampoco lo era. ¡Cuántos errores cometí a causa de mi despreciable soberbia!

Fue a sentarse a mi lado.

—Me siento como adulta —susurré. Abrió los ojos de golpe.

—Pero ya eres adulta, ¿o no?, me dijiste que tenías diecinueve años.

—Los cumplo hasta el viernes.

—Yo cumpliré treintauno en diciembre, también te mentí.

Todas las veces que le dije a Edmond que la edad entre nosotros no me importaba, él pareció ignorarlas; pero tampoco pudo detenerse, a pesar de lo mucho que le pesaba el asunto de los años.

—Espero ser pasajero en esta aventura de artistas locos —dijo comenzando a besarme el cuello; me quitó la gabardina y luego me desabrochó el vestido. Sus palabras se quedaron grabadas en mi mente, pero creí que había dicho eso haciendo alusión al nombre del hotel, o quizá refiriéndose a que sería un pasajero que ya no se atrevería a bajar del tren en el que con suerte nos habíamos encontrado. Siendo sincera y estúpidamente melancólica, era preferible que Edmond hubiera tenido la determinación para

ser un pasajero temporal en mi vida, de los que sí escogen una parada para bajar y abandonan a sus amantes en el resto del camino. Pero siempre volvió.

—¿Te gusta lo que ves? —murmuré cuando estuve completamente desnuda ante sus ojos. Edmond no respondió, me tomó de los hombros y me tumbó rápidamente en la cama.

Sus movimientos eran calculados; sabía exactamente lo que tenía que hacer y decir. Me dejó desabrocharle la camisa, pero me detuvo las manos en cuanto llegué al botón de su pantalón; se instaló entre mis piernas y dejó caer todo su peso encima de mí para besarme; sentí su miembro, su vientre contra el mío, el pecho que tanto admiraba unas horas antes, estaba aplastándome con entrega y su boca de bestia hambrienta guiando mis labios temblorosos.

Puedo jurar que ese instante era para morir.

Cuando me empezó a doler el cuerpo se incorporó y bajó lentamente a besarme en el ombligo, luego más abajo, hasta adentro. Me quedé quieta mirando al trecho con las lámparas apagadas, sintiendo todo el placer del mundo y reflexionando sobre la idea de que Edmond estaba acostumbrado a la fina danza de los cuerpos; cada una de sus caricias y movimientos me hacían sentir como si estuviera bailando con él.

Volvió a mi rostro, pegó su frente contra mis ojos y me subió las piernas a sus caderas. Ya no pensaba parar. Cuando sentí su inmensidad, el dominio con que me llevaba, la vida pareció cobrar sentido nuevamente. Estallé en risas incontrolables cuando alcancé el punto de desgarrador deleite; Edmond me miró preocupado.

—¿Por qué te ríes?, ¿hice algo mal?

Lo atraje con fuerza para besarlo. No pude decirle, sintiendo esos espasmos y

estremecimientos no pude confesarle que lo que sentía era maravilloso, que no había hecho nada mal, que ya le quería, que ya nunca podría dejar de quererle.

Recitó el poema en mi oído con una voz gruesa y seductora. Fue todo tan extraño; poco sabíamos del otro y suponíamos la mayor parte de las cosas.

Hoy me resulta profundamente doloroso el tiempo. Esa mañana Edmond se convirtió en el poema, como si en realidad hubiera sido escrito para él, y ahora me sorprende pensando en la corta distancia que hubo de saciar nuestros deseos al asesinato.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó al final.

Era mi turno, tuve que haberle agradecido por la locura de esos placeres, decirle que no era posible seguir viéndonos por la peligrosidad de las circunstancias, que sería aún más deleitoso

si quedábamos como dos incógnitos. Pienso en que, de haber controlado mis impulsos, pudo suceder de la forma prevista. Pero en lugar de eso le respondí que era necesario repetir el encuentro.

La noche de aquel 11 de mayo me hizo llegar la obra de teatro que estaba escribiendo; al tenerla en mis manos experimenté la más patética de todas mis corazonadas: que tenía al mismo Edmond Zazueta en mi poder; presentí que esa sería el arma exacta para conocerlo, para penetrar en su mundo y pensamiento, ¡Cuán lejos estaba de saber que especialmente su mundo siempre sería un lugar irremediablemente inaccesible para mí! Pero a pesar de las dudas, sus acciones decían que estaba dispuesto a mostrármelo.

Desearía volver a ese día, a todos los días en los que fui feliz a su lado, sentir que el tiempo no me arrastra, que la muerte no me acecha.

III

He querido renunciar a seguir escribiendo este corrido de confesiones, sobre todo cuando vienen a mí los buenos recuerdos. Sería demasiado fácil inventar un final diferente, pero no puedo traicionar mi crimen ni la memoria de Edmond con un final feliz.

Cumplí diecinueve años; durante esos días no hablé con él. Puedo admitir que después del encuentro me sentí estúpida con la idea de buscarlo; no debía, no podía ser tan ruin conociendo la situación en la que se encontraba, pero mis noches saben cuánto deseaba verlo, contarle que había leído su obra en unas horas, que tenía sugerencias para mejorarla, y luego pedirle que hiciera lo mismo que en el

Hotel Pasajeros otra vez, siempre si esa palabra figuraba entre sus pensamientos.

Poco supe de Edmond en tres meses; no comprendo cómo pude controlar los crecientes deseos de estar cerca de él en todo ese tiempo. Al mes exacto de la primera cita lo encontré en un restaurante acompañado de varios adolescentes, supuse que se trataba de sus alumnos. Me encontraba hablando con el gerente del lugar cuando a lo lejos reconocí su silueta; él fue el primero en levantar la mano para saludar, yo hice lo mismo, pero al instante quise salir corriendo, y lo hice en cuanto me volví a quedar sola en la mesa. Verlo implicaba el riesgo de aferrarme a su cuerpo sin ocultar mi lujuria.

A pesar de que salí del restaurante tan pronto como pude y sin esperar a que me trajeran el cambio de la cuenta, cada paso que di mientras caminaba al auto me provocó una sensación de adrenalina imposible de explicar; era como

querer volver al restaurante y abrazarlo; lo saludaría con un beso en la mejilla, pero pensé que quizá estando frente a su grupo de alumnos se limitaría a estrecharme la mano y concluí en que el saludo a lo lejos había sido suficiente y en realidad él no esperaba siquiera que me acercara.

Pero comprende, lector, esa no podía ser una casualidad. La mañana del hotel le había comentado a Edmond que yo no creía en las casualidades. A lo largo de mi vida he creído que todo sucede a merced de un destino escrito, y en los artistas las líneas son aún más torcidas y definitivas; están hechas con una tinta diferente.

Subí al auto y conduje sin ningún rumbo; analicé las posibles cosas que diría si lo llamaba después haber ignorado todos sus mensajes en los días que siguieron a nuestro primer encuentro. A menudo me preguntaba si pensaba en mí, si de verdad estaba feliz en la relación que traicionó, o si acaso necesitaría a alguien que lo ayudara a

sanar los posibles daños que incluso yo conocía de los amores condenados.

Dejé de sobrepensar las escenas que inventaba con violencia y resolví que la única solución era buscarlo. Es impresionante reconocer cuánto me provocaba el simple hecho de mirarlo; más allá de la lujuria, entendía que Edmond era un mundo lleno de misterios y secretos que deseaba que él me mostrara cuanto antes.

Temí que no respondiera, pero en cuanto escuché su voz detrás de la bocina le dije las palabras que hubiera querido pronunciar en el restaurante.

—Hoy estabas diferente, Edmond, más atractivo. No te lo dije, pero te quedaste en mi mente

Vaciló un instante.

—¿En serio? —respondió. En esa ocasión fui yo la que prolongó el silencio incómodo, pero él lo reparó — También te veías hermosa.

Siempre rechacé el sentido moral y ético que los humanos le dan a la vida, porque eso le resta intensidad a la existencia, especialmente a la de un artista, pero ¿se tenía que sentir todo tan inaccesible? De pronto recordé las razones por las que me había dispuesto a no buscarlo, y quise dar por terminada la llamada.

—Te mando un abrazo —respondí con voz nerviosa.

Estuve a punto de lanzar el teléfono contra el asiento del auto, pero escuché su voz a modo de reclamo.

—¿Es todo? Te metes en mi cabeza y sólo juegas conmigo.

—No juego, te he dicho lo que siento —dije tratando de ocultar la excitación en mi voz.

—¿Tendremos oportunidad de volver a vernos?

—Eres como un libro cuyo principio me maravilló, quisiera seguir leyendo, pero me

temo que no estás para corresponder, ni yo para meter cartas en baraja ajena.

Escuché su risa detrás de la línea; Edmond tenía una capacidad magnífica para confundirme, para alterar todos mis sentimientos al grado de la locura.

—Pues esta baraja ya no tiene dueña —respondió—. Espero todo de ti ahora, porque no se ha terminado ¿o sí?

—Pensé que sí, pero ahora no sé hasta dónde podríamos llegar.

—Estoy dispuesto a todo; te quiero a ti, en mi piel y en mis sueños.

—¿Y en tu realidad?

Esa pregunta deberían responderla todos los amantes. Los sueños son tan fáciles y la realidad tan cruel. Mi pasado estaba poblado de ilusiones, pero a Edmond Zazueta, particularmente, no quería sentirlo lejano, fugaz, imposible, ajeno...

Dijo que se moría por repetir nuestro encuentro, arrancarme la ropa, descender y probarme otra vez; lo dijo con paciencia: que deseaba hacerme saber cómo se había sentido llevarme a escondidas, escuchar mi risa inesperada y ver mi cara de espanto.

Hasta ese momento a los dos nos enloquecían los secretos que guardábamos. Recuerdo una conversación tras haber salido del hotel y quedar parados afuera del edificio de un banco a causa de la lluvia. Edmond me miraba con impaciencia.

—¿En qué piensas? —lo alenté.

—Quiero pedirte un favor —lo meditó unos instantes, como quien no quiere decir algo hiriente o equivocado—. Esto debe quedar entre nosotros.

En ese momento no entendía cuánto le importaba su imagen o los errores por los que el medio pudiera señalarlo; ni siquiera comprendí

que desde ese excitante principio Edmond me consideró el error que podría representar la ruina de su figura pública; confundí sus palabras, creí que todo debía quedar entre nosotros por la maravilla de compartir un secreto en común; a decir verdad, lejos estaba de imaginar que con el tiempo yo sería el secreto... su secreto, y el más disruptivo e imposible de todos.

Cuánto siento que las cosas hubieran acabado así, Edmond, porque a pesar de lo mucho que llegué a quererte, rompí la promesa que hice aquella mañana en medio de la lluvia; tal vez, si estuvieras vivo, enfurecerías al ver cómo hoy les cuento de nosotros.

Pero vamos, ya es suficiente; cuando decidí escribir este relato no fue con la intención de que se sintiera compasión por ninguno de los dos. Bastará con saber que en aquel tiempo iniciático accedí a la petición de Edmond porque la idea de compartir instantes en los que el resto del mundo

no tenía un lugar me pareció, sencillamente, incitante.

Fui demasiado ingenua.

No es sólo que con el paso de los meses yo esperara lo contrario, también ocurrieron otras situaciones que me llevaron al final del precipicio. Quiero decir —a pesar de no encontrar la explicación precisa a cada uno de sus actos— que Edmond me llenó de esperanza, motivos y muchas promesas.

IV

Cualquier lector podría imaginarme llena de tormentos y desvaríos, pero puedo asegurar que Edmond habitaba en un mundo lleno de sombras más grandes que las que se encerraban en el mío. Todas las acciones que cometí fueron causa de una profunda convicción en la que, estúpidamente, me equivoqué. A mis desesperados intentos por verlo no se les debe considerar una obsesión; la cuestión es que estaba atrapada en la idea de que con él podría compartir ideas y sueños; habíamos despertado juntos en la pasión y carnalidad, pero deseaba cuanto antes que eso nos llevara al desarrollo espiritual y de pensamiento; estaba convencida de que compartir el deseo y la mente sanaría todas las grietas del camino que no recorrimos

juntos en el pasado, y así, cuando ese camino finalmente nos uniera, estaría libre de fantasmas y dolores; avanzaríamos libres en una senda que el resto del mundo envidiaría.

Llegó septiembre; el mes corría sin sorpresas porque hasta ese momento no había tenido lugar otro encuentro entre Edmond y yo; hubo tan repetidas ocasiones en las que pasé por la academia con intenciones de verlo; sí lograba mirarlo a la distancia —aunque fuera unos instantes— me invadiría un distinto y nunca experimentado poder para escribir. Muchas veces imaginé en mi mente la conversación que tendríamos si yo me acercaba a él.

Era tan fácil llegar y decirle que lo necesitaba, que era preciso que estuviera cerca de mí porque de lo contrario ya no podría volver a crear y eso me arrastraría hasta la muerte. Pero contuve el deseo; hubo infinidad de ocasiones en las que tuve la fuerza de voluntad suficiente para no caer

en mis impulsos y que Edmond llegara a pensar que tenía una maniática frente a él.

Al poco tiempo me enteré de que estaba saliendo con una artista de su medio. El teatro es, indiscutiblemente, más generoso con sus artistas que la literatura con sus escritores; actores y bailarines se encuentran en medio del ruido, los aplausos de la gente y la emoción de un escenario. Casi da lástima, pues mientras el escritor —sumido en un silencio conventual— evoca recuerdos para plasmarlos con su tinta, el actor personifica esas historias y en su representación las vive como si le pertenecieran.

No fueron celos lo que sentí, sino una extraña agitación en cada parte de mi cuerpo; me preguntaba si él de verdad había logrado complementarse con esa persona de tal forma que valiera la pena quedarse, pero más aún, si esa tal actriz lo veía con los mismos ojos que yo.

Tuve noches angustiosas pensando en que tal vez me había equivocado y Edmond en realidad no sintió nunca que nos comprendiéramos el uno al otro; me era imposible saberlo. En otras ocasiones recordaba sus palabras diciendo que deseaba todo de mí y entonces renacía la esperanza; esas incertidumbres eran desesperantes.

Por las mismas fechas los medios anunciaron una adaptación de *Enfermo imaginario* bajo su dirección; al mirar el nombre de Edmond en los carteles encontré la razón perfecta para volver a verlo; las funciones tendrían lugar en su academia; el público estaba entusiasmado y se hablaba de Edmond hasta en mi círculo social. Recuerdo la admiración que sentí. Tan pronto como vi la noticia de la obra me olvidé de la actriz y las diferencias entre la escritura y el teatro. Llamé para felicitarlo y a cambio me ofreció una invitación.

No miento, el día de la obra asistí sin expectativas de algo entre nosotros; aunque me devastaba el hecho de sentirlo tan lejano a mí, no perdía de vista que el asunto que nos unía era su trabajo, de modo que mi interés se centraba sólo en conocerlo a través de la magia que proyectaba.

Recuerdo el cúmulo de gente concentrada en la entrada; cuando llegué lo busqué con la mirada, pero supuse que estaría demasiado ocupado como para estar ahí. Salió al poco tiempo para recibir al público y me alegró que entre toda la muchedumbre sus ojos se hubieran posado en los míos antes que en los de cualquiera. Levanté la mano para saludarlo, correspondió y volvió a desaparecer. Una corriente de sensaciones indefinidas se apoderó de mí, como en los tiempos de adolescencia y tontería. La obra duró menos de lo que esperaba; sentí como si todo hubiese transcurrido en

un segundo, y de pronto, mientras la gente pedía fotos a los actores, Edmond me miró desde un extremo que nos dividía por pocos pasos de distancia. Nos acercamos al mismo tiempo y el saludo fue un abrazo ansioso con la respiración de uno en el oído del otro. Me sujetó firmemente de la cintura, acariciándome con una mano y aferrándome a su cuerpo; la acción fue inesperada. En mis pensamientos no figuraba un saludo tan efusivo de su parte.

Preguntó mi opinión de la obra y hablamos muy poco sobre eso; yo tenía que marcharme y él ocuparse de una presentación de danza que tendría lugar más tarde. Me acompañó a la salida; el momento no era incómodo, pero se sentía cierta tensión odiosa que yo sé que ambos deseábamos romper cuanto antes. No olvido los rayos de sol alumbrándonos directamente; ambos miramos al cielo como agradeciendo esa bendita tarde que después de

mucho tiempo finalmente nos concedía estar frente a frente.

La impaciencia figuraba en el rostro de Edmond, pero antes de que pudiera preguntarle la razón, me jaló de la cintura con una mano para besarme y a los pocos segundos sentí cómo me pegó contra la pared. Reaccioné torpemente a su atrevimiento, pero el mundo se desvaneció ahí mismo.

—Tus labios —dijo limpiándose el resto de labial en su barbilla—, tal y como los recuerdo.

¡Cuántas veces en mi estudio, tratando de leer alguna novela, imaginé ese beso! En mi mente era una idea con pocas probabilidades de llevarse a cabo. De pronto me inundó la sensación de que Edmond tenía la capacidad para involucrarse en mis fantasías, pues la mayoría de los primeros encuentros hacía lo que instantes antes yo imaginaba y sin siquiera preguntármelo; no se trataba de que yo fuera un libro abierto, en

realidad, los que me rodeaban solían decir que había instantes en los que sentían que una parte de mí era como un acertijo infinito que suponía intentos de resolución fallidos; lo fui incluso para mis colegas y amigos cercanos. Las oscuras profundidades en las que hasta ese momento no había permitido que nadie se zambullera fueron precisamente las que Edmond lograba navegar, algunas veces, como ya he dicho, sin permiso.

V

Pocos días después de la obra acordamos un encuentro en su academia; siendo honesta no sabía qué esperar de la cita y tampoco podía contarle a Edmond sobre la incertidumbre en los últimos tres meses. Había llegado alguien a su vida, existía la decepcionante probabilidad de que la curiosidad por nuestro deseo y conexión hubiera muerto para él. Pero acudí a su invitación con la impúdica esperanza de que al estar juntos de nuevo recordara las emociones de la primera vez y se olvidara para siempre de la actriz.

Existieron muchos instantes en los que caí dentro de las ilusiones más ingenuas; ahora mismo me causa repugnancia contar la comedia que representé.

—Tengo algo planeado para nosotros —dijo Edmond cuando me recogió cerca del kiosco en el centro, a pocos metros de la academia.

Lo seguí sin dejar de reflexionar sobre sus palabras: tengo algo planeado para nosotros. Cuando caí en cuenta de que la academia estaba cerrada los nervios se apoderaron de mí, pues creía que habría alumnos y profesores ensayando. Fue una sorpresa que él quisiera quedarse a solas conmigo precisamente en ese lugar. Cuando cerró la puerta con candado un escalofrío me recorrió toda la espalda y el corazón comenzó a latirme sin control. Una mujer razonable le habría pedido que abriera la puerta para marcharse, siendo consciente de que no era lo más prudente encontrarse ahí con alguien de quien en tres meses no se tenía otra noticia aparte de la posible relación con una actriz. Pero ya el lector debe tenerlo muy presente: no soy la persona más razonable del

mundo, sin darme cuenta dejé de serlo el día que lo conocí.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —pregunté dejando mi abrigo sobre un sillón. Edmond no respondió, apenas terminó de cerrar la puerta y en seguida salvó la distancia entre nosotros para besarme.

El miedo abandonó mi cuerpo para entregárselo al placer, a la paz y a la dicha de haber recuperado el tiempo perdido con un intercambio de caricias.

—Quisiera preguntarte algo —dije cuando nos separamos.

Edmond me miraba con una agitación evidente, parecía no estar escuchándome.

—Ven conmigo —dijo tomándome de la mano para llevarme a un diván azul de dos espacios. Antes de que pudiera sentarme a su lado me sujetó rápidamente de las caderas para que me sentara encima de él.

En efecto, no había escuchado mis palabras.
—Supe que estás saliendo con alguien —
insistí.

Edmond me hizo levantarme unos segundos para que abriera las piernas y me volviera a sentar en las suyas con más comodidad. Temblé al sentir su miembro erecto debajo, separados solamente por la ropa que él empezaba a arrancar.

—¿Lo sientes? —preguntó besándome el cuello y acariciándome la espalda.

—Te hice una pregunta —dije mientras me estremecía—, si sales con alguien más ¿por qué me necesitas?

Levantó la vista; hubiera querido descifrar su mirada, pero ahora pienso que no entendí lo que quisieron decirme sus ojos porque lo más probable es que ni siquiera él mismo supiera exactamente por qué me necesitaba.

—Te he extrañado —murmuró.

Tuve la sensación de que todas las palabras que salían de su boca eran verdaderas, un artista no podía ir por la vida mintiendo. Edmond me había extrañado, ese fue un motivo suficiente para entregarme a él; la incertidumbre que me habitaba cesó con cada beso y caricia.

Se levantó conmigo en brazos y me recostó en el sillón para quitarme toda la ropa. Era enloquecedor mirar cómo se arrodillaba para besarme los muslos; por instantes quise detenerlo porque sabía que eso se convertiría en mi perdición. Me dejó desabrocharle la camisa, pero antes de que hubiera terminado me tomó violentamente y me llevó hasta el salón de baile. A veces ni siquiera se daba cuenta de la fuerza con la que me conducía, ni de todas las veces que me hizo llorar, tanto de placer como de amargura, o una combinación de ambas emociones. Dos paredes largas cubiertas con un

enorme espejo y paralelas entre sí me mostraron el reflejo de nuestros cuerpos desnudos; del techo colgaban telas largas de colores y en el suelo una alfombra nos salvó del frío. ¿Cómo olvidar esa inspiradora escena? Los artistas tienen la capacidad de vivir instantes con elegancia y desenfreno, se diría que a la manera de los dioses.

Después del enloquecido momento en el que abandonamos nuestros cuerpos en el del otro; nos quedamos tendidos en el diván, por lo que me pareció una tranquila y casi suficiente eternidad. Edmond miraba hacia el techo, como si recordara algo, mientras que yo —atravesada a lo largo del sofá y con las piernas apoyadas sobre su regazo—, miraba perdida su perfil derecho.

Edmond no tenía idea de que la vida se me podría acabar mirándolo; su rostro era como un libro magnífico en un idioma desconocido,

terrible y extraño desde su portada. Cuánto ansiaba ser yo quien tuviera acceso a cada uno de los renglones que contaban la historia de su vida, hasta descifrarlo y convertirlo en mi estudio predilecto.

—Te haré una pregunta —habló de pronto.

Hasta ese momento, Edmond no había respondido ninguno de mis cuestionamientos anteriores, pero olvidé el tema porque creí que su respuesta era lo que habíamos hecho frente a los espejos.

—Adelante —dije cuando se sumió en un silencio largo, tan largo que pensé que la conversación ni siquiera empezaría.

—¿Por qué me mentiste?

Lo miré sin entender; él seguía con la vista al techo y una mano recorriendo mis piernas suavemente.

—¿Perdona? —respondí—, no entiendo a qué te refieres.

—Cuando me dijiste que eras virgen, me engañaste.

—No lo hice.

—Mientes, ¿de verdad creíste que no me iba a dar cuenta?

76

No pude articular ni componer una sola frase; quise decirle lo que sentí en nuestro primer encuentro y mis motivos para hacerle creer que era mi primer hombre, pero no supe cómo explicarle.

—Quería que así fuera —dije rápidamente tras unos minutos, deseando cambiar el rumbo de la conversación.

—Eres joven, pero se nota que viviste un amor muy intenso, de otro modo no habrías escrito ese poema.

—Prefiero no hablar de eso.

Edmond nunca tuvo problema para contarme acerca de sus relaciones anteriores; siempre lo escuché a pesar de que no se lo

preguntaba. Admiraba la capacidad que tenía para recordar el pasado y poder desprenderse de él, cosa que yo difícilmente podía lograr.

—¿Lo extrañas?

Su pregunta se me clavó lastimosamente en el pecho. Finalmente puso los ojos en mí, como si no quisiera perderse mi reacción.

—A veces —dije sin rehuir de su mirada.

—¿Crees en el amor?

Sólo Edmond me hizo esa pregunta en toda mi vida.

El hombre anterior a él me había enamorado tanto de la idea del amor, que a pesar de la ruptura creía firmemente en su existencia; el amor más común es el hermosamente correspondido, dos personas que se enamoran y quieren compartir para siempre una vida juntos. La segunda clase de amor es el más terrible de todos, el de los traicionados, los no correspondidos, los olvidados. Aquel amor que caracteriza a

los auténticos románticos, destinados a vivir amando dolorosamente desde las ausencias, pero de la manera más pura e intensa. Esa tarde le expliqué a Edmond mi teoría y le dije que hasta ese momento me había encontrado siempre en el lado de la segunda clase de amor.

—Seré honesto —habló de pronto—, no creo en el amor. Todo es superficial, el amor no es más que un contrato entre dos personas: intereses, poder, punto.

Nadie que no hubiera sido brutalmente lastimado en el pasado pensaría de esa forma, por eso no lo contradije, pero desde entonces nació en mí el propósito de hacerlo cambiar de opinión. Pensé que los dos estábamos tan lastimados que, con nuestro arte, deseo y pensamiento, podríamos curarnos, y de la esencia de nuestros espíritus hacer nacer un amor que antes no existió. Siendo artistas podríamos gozar el mundo creando, dejando

huella, sublimando nuestras pasiones a través del arte. Encontraríamos en el otro verdad, comprensión y sentido en el mundo. Seguiríamos desnudándonos, bailando, escribiendo y recitando poemas, sólo así lograríamos reconocernos en la oscuridad, en lo profundo de nuestro ser.

¡Qué llamarada de esperanza se encendió en mí! Pensé en la idea de compartir con él la locura de mis desvelos y el terror de mis insoportables insomnios.

—Puedo hacer que creas en el amor — me limité a responder, guardando todos esos pensamientos para mí. Tal vez si los hubiera dicho en voz alta sería diferente.

—Tu mundo es la voz y la palabra — me miró a los ojos un instante—, el mío es el cuerpo; ambos desnudándonos el alma... me inquieta un poco, pero estoy dispuesto a averiguar lo que podemos hacer.

Sus palabras me daban más motivos para pensar que mis reflexiones no eran del todo descabelladas, que podía romper la barrera de su frialdad y darle la calidez que en ese tiempo todavía me sentía capaz de brindar. Me parece increíble que, a pesar de todo, ni siquiera el pasado me hubiera dolido más que Edmond Zazueta.

Esa noche llegué a mi estudio y me senté durante horas frente al escritorio repasando en mi mente una y otra vez las imágenes en los espejos de la academia; el viejo diván azul y las confusas actitudes de Edmond. Escribí sobre ello y mis planes de crear un amor que el mundo todavía no conocía. Me quedé dormida sobre el escritorio, con un montón de papeles a mi alrededor. El tiempo que logré mantenerme despierta fue para evocar cada detalle de las escenas con el fin de convertirlo todo en poemas que hablaran sobre Edmond.

Pero el placer y todas las ensoñaciones no duraron lo que esperaba; por la mañana llegó a mí una noticia repugnante: Edmond y la tal actriz que mencioné en líneas anteriores finalmente anunciaban un noviazgo. Saberlo me enloqueció al punto de desgarrar el montón de papeles escritos durante la noche. A decir verdad, como ese, tuvimos muchos otros encuentros sombríos; las pocas señales de luz entre nosotros se apagaban rápido, pero ni por eso supe apartarme a tiempo del camino que gradualmente fue mutilado.

VI

Durante un mes traté de olvidar a Edmond y la tarde de los espejos; me había lastimado tanto saber que esa misma noche él se había comprometido, o quizá desde mucho antes y sólo hacía falta darlo a conocer; si era el caso, seguramente había estado esperando verme para asegurarse de que iría a su encuentro, nos acostaríamos por última vez y luego podría marcharse con la chica de sus sueños. Los medios explotan con esa clase de noticias; Edmond gozaba de la aprobación del público, y una parte de mí sabía que no podían ser ciertas sus palabras en las fotografías publicadas diciendo que sentía un amor inmenso y nunca experimentado, porque era imposible. Yo más que nadie tenía la certeza por nuestra conversación en la academia;

Edmond fingía estar enamorado, meses después me lo confesó, pero nunca entendí sus razones.

Me alejé un tiempo, no lo llamaba y tampoco acechaba la academia como de costumbre. Por las noches su recuerdo era tan intenso que me llevaba a escribir sin parar. Al principio me sorprendió el hecho de reconocer mi nueva inspiración; el viejo amor de mis años pasados ya no habitaba en el tintero de mi corazón, habían pasado casi seis meses tras la decisión de poner punto final a su historia sin resentirlo. Reuní todos los poemas escritos hasta esos días, incluso los que ya le pertenecían a Edmond, y se me ocurrió de pronto que era el momento de publicarlos.

Por esos tiempos todavía me caracterizaba el brillo en los ojos que tienen todos los artistas al querer dejar un fragmento de su existencia para el resto de la humanidad. Solía acudir a lecturas de poesía y eventos importantes del

medio literario, los eslabones en mis primeros pasos como escritora.

Edmond me llamó la noche después de una entrevista que se transmitió en la radio. Respondí por impulso.

—Ya eres famosa —dijo—, hasta me daba pena hablarte.

—Nada de eso, tú también lo eres.

—Seremos celebridades.

Pudimos serlo, Edmond el mejor actor y dramaturgo del país y yo la mejor escritora de novelas románticas; en algún momento llegaríamos a colaborar, a compartir algún proyecto inolvidable, pero de esos sueños ya no queda nada.

Hablábamos por las noches a causa del insomnio; durante ese mes no acordamos ninguna salida ni yo dije nada al respecto sobre la forma en que ocurrían las cosas después de la noticia de su noviazgo; si acaso estaba logrando

la felicidad, tarde o temprano dejaría de tener interés en las cosas que yo hacía.

No sucedió de esa manera; Edmond se ausentaba y en ocasiones dejaba de llamar, pero por algún motivo siempre volvía.

Una tarde a finales de octubre recibí una llamada inesperada, no de Edmond, ni de algún colega que buscara invitarme a un próximo evento de arte.

—¿Todavía me recuerdas? —se escuchó en el teléfono que me quemó las manos una vez que reconocí la voz.

Se me escapó un suspiro.

—Henry —murmuré.

Unos meses antes la voz de ese hombre me habría devuelto al amor que sentía por él, pero aquel día sólo comprobé que ya no tenía el poder para provocar en mí las ternuras del pasado.

—Tuve noticias de ti —sonaba nervioso—, y te he pensado mucho desde entonces.

—Quisiera decir lo mismo.

—Comprendo que han pasado muchas cosas —habló luego de un largo silencio que parecía haber terminado con nuestra conversación—, espero tener oportunidad para volver a verte.

—Muy pronto tendrás algo mío en la puerta de tu departamento, Henry. No hace falta que volvamos a vernos, hace tiempo que se terminó.

Qué diferentes pudieron ser las cosas si yo hubiera aceptado verlo de nuevo. Probablemente recordar los momentos felices a su lado me habría hecho abandonar los intensos sentimientos por Edmond. Pero veía tan ajena esa historia y tan imposible de recuperar, que mi negativa fue definitiva. Muchos meses después yo misma busqué a Henry en la puerta de su departamento, pero por una razón inimaginable.

Llegado el mes de noviembre crecieron mis deseos por volver a un encuentro con Edmond; sabía cuán prohibido era y lo que representaría,

pero se trataba de una necesidad imperiosa para mi arte y mi vida descontrolada. Tenía ganas de que me pasaran muchas cosas.

—¿De verdad quieres verme? —pregunté durante una de sus tantas llamadas insistentes para que lo visitara en la academia. En esa ocasión me convenció hablando sobre un proyecto que tenía en mente y que deseaba contarme.

—Cuando estoy contigo pasan mil vidas por mi cabeza —dijo, para retractarse en seguida—, perdón, mil cosas, pasan mil cosas por mi cabeza.

—Sonaba mejor con mil vidas.

—Eso también, pero ahora me imagino que estás aquí, que te encuentras arriba de mí haciéndome el amor, besándome, acariciándome, disfrutando de tenerme adentro.

Sus palabras hacían volar mi imaginación. Moría cada vez más por cumplir aquellos deseos que eran míos también. Con Edmond conocí

la debilidad; estar cerca de él me convertía en una criatura completamente frágil, deseosa del consuelo y comprensión. Una de las cosas que más me avergüenzan ahora es reconocer la manera en que me entregué a él; dejé mi frialdad de lado y la dureza de mi carácter para mostrarle lo que nadie conocía de mí, ni siquiera Henry.

—Pero no podemos —le dije recordando las últimas fotografías publicadas de él y la actriz—, es una idea terrible y muy irracional.

—Me gusta lo irracional; créeme, te necesito tanto como lo deseas, y tendrías que verme a los ojos para entenderme.

Una tarde lluviosa fui de nuevo a la academia. Cuando me recibió algo cambió en sus ojos, eran como los de una fiera mirando a su presa.

¿Comprenderías mi vulnerabilidad? El brillo y la ferocidad en su mirada no podían ser fingidos. Querido lector, sé que puedes pensar

que sus palabras eran el truco más sencillo para convencerme, pero en realidad me he detenido a analizar ese problema y todas las veces llego a la misma conclusión: las palabras de Edmond no son lo más falso de la comedia que me arrastró a representar, sino la mayoría de sus actos, eso era, específicamente, lo que contrastaba sus irritantes contradicciones.

—Estás hermosa —susurró quitándome el abrigo para ponerlo sobre el conocido diván azul que nunca olvidaré.

El ruido del mundo no llegaba hasta esas paredes cubiertas de espejos, silenciosas y lóbregas como nuestro pecado, como los días que ahora me hunden en esta nube de recuerdos.

Lo besé largamente y me aferré con desesperación a la fuerza de sus brazos, que me levantaron para cumplir todo lo dicho en nuestra última llamada. En ese momento caí en cuenta de lo letales que podíamos llegar a ser;

mentíamos y nos ocultábamos en las sombras para poder saciarnos. Lo miré a los ojos como buscando respuestas, reprochando sus acciones, pero sin decir ni una sola palabra. Lo que hice a continuación ni siquiera lo puedo explicar; me envolvió una sensación de amargura y en un arranque de ira comencé a golpearlo, primero en el pecho y después en la cara. Edmond no se sorprendió, parecía comprender el impulso que me llevó a soltarle un montón de bofetadas; era como si estuviera consciente de la forma en que me estaba arrastrando hacia su injustificada y lasciva forma de querer. Me dejó sacar la ira contenida durante el tiempo que no nos vimos, pero de un momento a otro esquivó mis golpes y me detuvo sujetándome de las muñecas con tanta fuerza que ni siquiera pude forcejear. Sentía el rostro caliente y los ojos a punto de estallar, pero no dejé salir ni una sola lágrima.

Era tan sorprendente cómo podíamos cambiar de la crueldad a la ternura, o de la delicadeza a una distancia fría, torpe y dolorosa.

—Cálmate —susurró, tomándome la cara entre las manos y haciendo a un lado mis mechones largos de cabello.

Volví a besarlo con entrega, deseando que supiera cuánto podía extrañarlo y necesitarlo en su ausencia; nadie, ni siquiera la actriz con quien presumía amor, podía sentir lo que yo.

Mi ego y orgullo a veces pueden figurar en la locura.

Terminamos exangües y tendidos en el sillón. Aquel día, por primera vez y a pesar de mi sorpresivo arranque de ira, Edmond se incorporó sobre el sofá y me atrajo hacia su cuerpo para que me recostara en sus piernas, y más inesperado aún fue el hecho de que se inclinara para besarme la frente. Aquellos fugaces instantes de ternura me hacían sentir una paz y alegría incalculables.

—Me fascinas, Luisa—dijo haciendo círculos con su dedo sobre mi sexo. Escondí el rostro en su pecho mientras me estremecía nuevamente.

—Estás volviéndome loca, Edmond.

Me encontraba completamente agotada, y no sólo de manera física.

—Yo también estoy enloquecido con nuestra historia, tan prohibida y secreta.

—¿Por qué?

—Porqué nunca había vivido algo así; eres una niña, bueno, en realidad la mujer más joven con la que he salido.

—¿Qué hay de tu novia? —hablé de pronto—, ¿No te enloquece lo suficiente?

Suspiró pesadamente, pero estaba dispuesto a responder mi pregunta.

—Si te soy sincero, realmente no la conozco, sucedió todo tan de pronto.

—Entonces no le quieres.

—Es complicado.

—En realidad no, tú no le quieres, porque si lo hicieras no habrías dudado en decirlo.

—No se trata de eso.

—Es que tú no crees en el amor, ya lo sé, pero es precisamente por eso que no me explico muchas cosas.

—A veces es difícil explicar ciertas cosas.

—¿Y qué hay de mí?

—Es que no puedo controlar lo que siento cuando pienso en ti, cuando te tengo cerca, es algo, precisamente: inexplicable.

Qué chocante hubiera sido preguntarle si de alguna manera me quería; con gran esfuerzo evité hacerlo, aunque tuviera esa pregunta atravesada en la garganta. De pronto cambiamos de tema y nos descubrimos hablando sobre nuestras familias, la infancia y etapas dolorosas del pasado. Le conté muy pocas cosas de mí, y él no solía interrogarme demasiado, al menos no tanto como yo.

Mientras nos vestíamos parecíamos dos adolescentes sin preocupaciones, ocupados sólo en el hecho de contemplar el pudor del otro. Edmond me veía con dulzura, se acercó a mí para besarme y luego cogió las llaves de la puerta.

95

Cuando salimos a la calle tuve la inquietante necesidad de tomarlo de la mano mientras caminábamos en dirección al café. No se apartó ni dijo nada al respecto; sentí su mano cálida corresponder, pero ese instante se apagaba lastimosamente en cuanto alguien pasaba junto a nosotros; Edmond me soltaba rápidamente y cuando notaba que no había ojos sobre nosotros volvía a poner su mano en la mía. Tal vez creyó que no me daría cuenta, pero a esas alturas ya me estaba azotando nuevamente con su necesidad de cuidar la imagen pública, y ahora que tenía una pareja y relación “envidiable”, no podría arriesgarse a que lo vieran de la mano conmigo.

Deseé volver a la academia, o que nunca hubiéramos salido de ahí, o quizás que Edmond fuera el mismo de las veces que estábamos solos. El error que Henry había cometido el tiempo que estuve con él fue parecido al de Edmond; la diferencia de edades le impedía llevarme de la mano con tranquilidad. Dichos momentos me agravaron el alma de angustia y una tortura que se prolongó hasta el final.

Después del café volvimos a las calles, caminábamos al tiempo que Edmond encendía un cigarrillo, y fue en ese momento cuando se me figuró a un hombre con más años encima; dejaba de ser el adolescente rebelde de nuestros encuentros clandestinos para convertirse en un adulto completamente inflexible al amor que nacía en mí. Era como si construyera una enorme barrera para protegerse a sí mismo y no correr el riesgo de enamorarse.

VII

No pretendo ser una hipócrita al decir que sentía un profundo disgusto de mí misma después de cada encuentro durante esa época de nuestra relación; el horror venía cuando me encontraba a solas en mi estudio, porque reflexionaba sobre cada una de las palabras de Edmond y mi manera de reaccionar. Me disgustaba el hecho de disfrutar enloquecidamente de él y luego quedar completamente a su olvido, o compartir momentos en los que parecía que conectábamos de una forma especial y poco después ver una nueva foto suya junto a la actriz. Esas acciones me hicieron rivalizar mis sentimientos por Edmond; ardía en el amor más sincero y desinteresado, pero todo eso se contraponía con un odio tempestuoso e incontenible. Llegué a pensar que

nuestro arte tenía la culpa, y no me equivoqué; en realidad dos artistas no deberían ser amantes.

Hoy me sorprendo tanto de ver los episodios que pasamos juntos a través del recuerdo, y no logro comprender cómo pude llegar a tanto. Me enloquecía su manera de actuar, tenía la costumbre de desaparecer y volver en el momento más vulnerable de mi existencia. De tantas ausencias puedo decir que la espera fue una de mis desventajas; y a pesar de todo, a través de ellas encontraba un inhóspito refugio para escribir. Así transcurrió un diciembre frío y lleno de dudas.

En ocasiones me llamaba, se involucraba en mis noches y las alteraba sin detenerse a mirar si provocaba daños a su paso. A finales del mes cesaron las noticias sobre su noviazgo con la actriz, pero aquello no me dio ninguna clase de motivación; la imagen pública que Edmond había construido mostraba a un

hombre completamente diferente al que yo conocía. A veces, al mirar sus fotografías, tenía el presentimiento de que era un completo desconocido, y que todas las veces que me entregué a él habían sido obra de mi imaginación.

99

Cerca de navidad un viejo amigo de la infancia me invitó a la celebración de su trabajo con motivo del fin de año; por ese tiempo Edmond se había mantenido tan ausente que hasta llegué a pensar que lo nuestro finalmente estaba alcanzando su fin, y que sucedería de una manera tan sigilosa que ninguno notaría el momento exacto. Acepté la invitación porque aquella noche, específicamente, no deseaba seguir nadando en mi mar de pensamientos y anhelos desprovistos de perspectiva.

Debo admitir que siempre me causaron conflicto las citas con muchachos de mi edad, porque raras veces veía en ellos la posibilidad de una buena conversación, y la palabra

—como había dicho Edmond—, era mi mundo. Detestaba lo ordinario porque me provocaba aburrimiento, pero hoy me doy cuenta de la cantidad de veces que no supe valorar las oportunidades en las que pude haber encontrado un amor más puro incluso que el de Henry y Edmond juntos. Mi estúpido aire de superioridad me impidió conmoverme ante las buenas intenciones de otros muchachos, y terminé pagando un alto precio por todas mis equivocaciones.

Aquel amigo que espero me haya olvidado ya, decía estar enamorado desde siempre; sus atenciones y ternura me conmovieron tanto que en dicha velada estuve a punto de corresponder. Pero es que ya lo he dicho antes, Edmond Zazueta siempre volvía en el momento más inoportuno a mi vida, y lo que realmente me indignaba no eran sus regresos, sino la aceptación de mi parte para que penetrara nuevamente en mi mundo.

Soñaba con lo imposible, eso me era totalmente inevitable; por poner un ejemplo, imaginaba con frecuencia que pasábamos las fiestas juntos, que aquella cena con el viejo amigo enamorado en realidad sucedía con Edmond, y sobre cualquier otro sueño, se encontraba el más magnífico de todos: un amor auténtico y deseable para el resto de la humanidad que sólo podría contemplarnos y envidiarnos a través del arte.

Pero como decía, Edmond volvió esa noche. Creí en cada una de sus palabras cuando dijo que nos veríamos pronto, a pesar de que no lo tenía frente a mí; sólo su voz me bastó para caer nuevamente en mi nube de esperanza.

Rompí el corazón de aquel viejo amigo poco antes de que la fiesta terminara, porque durante su brindis dijo estar enamorado de mí. Admito que quise salir corriendo a la calle cuando todas las miradas, de un momento

a otro, se enfocaron en mí, provocándome náuseas. Pero todavía hice grandes esfuerzos por mantener una sonrisa y no evidenciar en público mi desinterés.

—Lo que dije es cierto —susurró el chico mientras bailábamos despacio en la pista—, he estado enamorado de ti desde la escuela. Pienso en el Año Nuevo y quisiera que empezáramos siendo más que amigos.

Para ese momento me encontraba en calma gracias a las copas de whisky después del brindis, pero no le había dirigido la palabra desde su discurso.

—Te haría mucho mal —respondí alejándome unos centímetros de su cuerpo.

Él me miró extrañado, pero la ternura predominaba en cada una de sus expresiones.

—No será fácil, el amor siempre lastima, pero quiero todo eso de ti. Lo separé casi de un empujón sin dejar que terminara.

—Ya no te confundas más, acepté tu invitación porque somos buenos amigos, pero no voy a corresponderte a lo demás.

—¿Es por Henry? —murmuró cambiando de la ternura al enojo—, ¿volviste con él?

—No necesitas saberlo, sólo debes entender que no podría amarte.

Aún recuerdo aquella tristeza con la que me miró en un instante y sin humildad había destruido directamente todas sus ilusiones. Pero a pesar de todo no siento ninguna clase de remordimiento al recordar esa noche, precisamente mis palabras eran ciertas: yo le habría hecho mucho mal. Después de una pequeña discusión por su empeño en convencerme, finalmente me llevó de vuelta a casa; cuando abrió la puerta del carro se plantó frente a mí impidiéndome el paso. No puedo describir exactamente lo que vi en sus ojos, era como una mezcla de encono y afecto;

rápidamente me tomó la cara entre las manos y se inclinó para besarme con desesperación. Me encontraba tan cansada y ebria que no tuve la fuerza suficiente para apartarlo, o siquiera para sentir algo con la energía de sus labios.

¡Cuán ruin pude llegar a ser!

No nos volvimos a ver pese a la perseverancia de sus intentos; ahora espero que ya no sienta nada por mí, ni siquiera el recuerdo. Pero si algún día llega a leer esto —que es probable—, entenderá mis razones.

Sólo hasta hoy he podido reconocer que nadie me miró como él. Los hombres que yo quise correspondieron porque deseaban ser el objeto de mi poesía; se trataba de un impulso sexual, romper con lo prohibido y escapar de la costumbre; fui para ellos la aspiración más clandestina que guardaron en secreto, quizás por miedo, o porque simplemente decidieron

que no valía la pena contarlo; nunca desperté en ellos el instinto de ternura y protección.

Pienso que es mi karma por despreciar a aquel joven que tanto me quiso alguna vez.

VIII

Hay memorias que ya casi no puedo rescatar; los tiempos que busco desempolvar en ocasiones los encuentro teñidos por la dicha, pero luego se vuelven tan nebulosos que el esfuerzo por ahondar en ellos me deja profundamente abatida.

Para principios de año todas las cosas que escribí formaron un poemario que se publicaría en poco menos de tres meses. Volví a ver a Edmond una tarde fría, ansiando contarle sobre lo ocurrido hasta ese momento. Acordamos salir a comer y después ir al mismo hotel de nuestro primer encuentro.

Diciembre transcurrió sin noticias por parte de ambos, pero eso no generó ningún pudor al momento de reencontrarnos; era todo como si

hubieran pasado sólo unos cuantos días desde la última vez.

Le conté del poemario y él sobre cómo la relación con su novia finalmente había terminado; cuando lo dijo me sorprendí tanto que al principio no le creí. Parecía estar tranquilo a pesar de la ruptura, por lo que atribuí su larga ausencia a esa situación; pensé que debió necesitar tiempo para sanar los errores cometidos, pero la realidad es que ni siquiera sabía sus verdaderos motivos. En algunas ocasiones Edmond era tan impredecible que ni siquiera se podían adivinar en las expresiones de su rostro las razones por las que cometía ciertas acciones.

—Cuando tu libro sea publicado te ayudaré a conseguir espacios para las presentaciones — aseguró ese día con un brillo en la mirada.

De verdad pensé que le entusiasmaba la noticia que compartí con él.

—Algunos poemas son tuyos —comenté mientras comía con nerviosismo.

Edmond estaba sentado a mi lado, de pronto puso una mano sobre mi pierna y la frotó con suavidad, eso me hizo temblar en mis adentros.

—No puedo esperar a leerlos.

Durante la comida permanecí impaciente por llegar al *Hotel Pasajeros*. Edmond cambiaba tras cerrarle las puertas al mundo, se transformaba cuando nos encontrábamos solos entre paredes que jamás contarían las cosas que hacíamos. Su frialdad se rompía en cuanto me acercaba para besarlo; me tocaba con ferocidad, pero sin dejar de lado una ternura que nunca podría mostrar en público. Espero poder olvidar —al menos en mi juicio final— la manera en que me recorría con las manos para ponerme encima de él; su boca en la profundidad de mi cuerpo, tan adentro como si no fuera a irse nunca, y las

palabras que gritó en mis oídos demostrando vulnerabilidad; pero, especialmente y sobre todas esas cosas, deseo poder borrar el gesto que se formaba en su rostro cuando estaba encima de mí: una mirada perversa embriagada de goce y desenfreno.

—¿Por qué eres tan hermosa y sexy? —murmuró una vez que quedamos rendidos. Se incorporó para recargarse en la cabecera de la cama y me atrajo hacia su pecho.

—¿Es que hasta ahora lo recuerdas?

—Pienso en ti a diario —respondió—, pero pasaron tantas cosas...

—Ahora estamos aquí, ya no importa el pasado, ni el tiempo.

¡Cuánto deseaba hablar de lo que sentía por él!

—Estoy cansado de todo —dijo de repente—, se sintió bien terminar con esa relación en la que estaba.

—Llegué a pensar que te habías enamorado—
me separé de su pecho para mirarlo a los ojos,
pero Edmond mantenía la vista al frente.

—Lo que hice fue un cuento que ni siquiera
yo mismo me creí, todo porque era lo que los
demás esperaban, pero ya me cansé de eso.

Me aferré a su cuerpo al notar la aflicción
que mostraba, deseando que sintiera lo mucho
que yo podía quererlo.

—¿Qué hay de nosotros?

Se rascó la frente y suspiró con pesadez.

—Me gusta lo que estamos viviendo, pero
luego pienso en la edad.

Un escalofrío me recorrió, Henry había
usado casi las mismas palabras.

—¿Por qué te preocupas así por eso?

—Dime una cosa —comenzó—, ¿alguien
más sabe de lo nuestro?

¿Y a quién iba a contárselo? Aunque hubiera
querido no tenía la disposición para hablar de

lo que me estaba enfermando de incertidumbre, no como lo hago ahora sobre estas líneas. Nada era claro entre nosotros y ahora puedo admitir que Edmond era un amante incompleto. Los episodios resultarían vergonzosos de contar.

—¿Y qué si alguien lo supiera? —cuestioné sin animarme a lanzar mi negativa.

—Es que nadie aceptaría una relación entre nosotros, doce años son muchos.

—¿Y qué importan los otros? Somos más que nuestros años —contradije—. Deseo aprender de ti, y estoy segura de que también podría enseñarte las cosas que yo sé.

—No te equivocas, sí podemos aprender el uno del otro —finalmente me miró—, pero por ahora no hay que forzar nada, estoy cansado, necesito tiempo y que las cosas fluyan. Puede ser que más adelante lleguemos a construir una relación fuerte. Confía en mí, muy pronto estaré contigo.

No mencioné nada más sobre el tema, me quedé con sus últimas palabras y las guardé junto a todas mis expectativas. A partir de ese momento comencé a pensar que todo lo que antes había imaginado, podría ocurrir; confiaba en nuestras intensidades y en el sueño de transformar el mundo. Creí firmemente que el destino nos había unido para cumplir esa tarea, porque finalmente el artista es un ser peculiar y raras veces comprendido; necesitaríamos al otro para no rendirnos ante lo que era nuestra pasión y, al mismo tiempo, una maldición.

Después de ese día los encuentros cambiaron, retomamos la costumbre de hablar con más frecuencia. A menudo él insistía en saber detalles acerca de mi pasado amoroso; le hablé poco de Henry a pesar de su empeño por saber quién había sido mi amante anterior. En cambio, sí le hablé acerca de los desacuerdos que tuve con mi familia cuando decidí dedicarme a la literatura,

razón por la cual me había ido de casa unos meses antes de conocerlo. Edmond dijo comprenderme porque en la vida de estudiante su padre lo había juzgado de la misma manera que el mío; sentí que hasta teníamos sufrimientos en común, dolores que aún no sanábamos y ambiciones por demostrar. En muchas ocasiones lo invité a cenar, a tomar una copa, e incluso a las reuniones de bohemia que yo frecuentaba en mi círculo de artistas. Por supuesto nunca aceptó ninguna de dichas invitaciones, su negación a penetrar en mi mundo fue casi despectiva, pero sólo hasta hoy puedo darme cuenta de ello. Edmond odiaba no estar en su territorio porque se sentía vulnerable y sin el poder de dominar a su antojo, o al menos eso me dijo las veces que lo llamé para que me visitara como yo lo hacía en la academia.

Hice un gran esfuerzo por no tomar el asunto en serio, pero todo eso fue haciendo cada vez más grandes las grietas entre nosotros.

Ahora vienen a mi memoria los meses que estuve trabajando con la editorial sobre el poemario; el empeño que puse en ese libro me hizo mantenerme lo suficientemente ocupada para sofocar las ganas de ver a Edmond. He tratado de evocar instantes parecidos a ese; momentos de felicidad en los que él no tuvo lugar, como las tardes en compañía de mis colegas y el círculo de amigos en el café Mandrágora; las risas de mi familia cuando los visitaba y compartíamos una noche de juegos o celebraciones; los viajes ocasionales con mis primos mayores, las clases en la universidad y la cantidad de cosas en las que alguna vez puse el corazón. Pero han sido un fracaso todos esos intentos; desde el día del asesinato mi mente se ha ido desmoronando, por ello me apresuro a escribir.

Durante una plática en Starbucks, el café favorito de Edmond, hicimos el acuerdo que

tanto estuve esperando. Dijo que me ayudaría con el asunto del poemario hasta donde pudiera; planteamos la idea de hacer grabaciones representando cada uno de los poemas; y rápidamente nos imaginé protagonizando los versos, que al final no eran mentira, realmente sería como volver a vivir.

—Puedo llevar tu imagen pública, mostrar por completo todo lo que eres —había dicho compartiendo mi entusiasmo—. Ahora tendremos que pasar más tiempo juntos por este proyecto.

Sentí que el mundo y el destino eran fantásticos. Recuerdo que esa mañana después del café y nuestras horas en la academia veía todo lo que me rodeaba como si nunca hubiera estado ahí, hasta las cosas que antes me molestaban eran fascinantes. Conduje hasta la universidad con una sonrisa estúpida en el rostro, la radio encendida sonando al volumen máximo y un cigarrillo en la mano. Ese día entendí que

Edmond no era una obsesión, realmente lo amaba; estar a su lado me plantaba los pies en una fantasía que me hacía sentir viva.

A esas alturas ya era imposible negar mi enamoramiento; los colegas de la universidad me lo preguntaban a diario, pero nadie se enteró nunca de la causa de mi contagiosa alegría.

Las palabras de Edmond me acompañaban: *Confía en mí, muy pronto estaré contigo.*

Me aferré a esa ilusión después de todas las promesas que hizo, pero a pesar de lo rápido que despertaron mis sentimientos, seguí guardándolos en lo más profundo del desorden de mi existencia, como una luz que me ayudaba a permanecer con tranquilidad entre las sombras de nuestro idilio.

IX

Tuve una charla con mi editor pocos días antes de la publicación del libro; fumábamos en silencio después de haber hecho la última revisión; miraba perdida en dirección a un estante atestado de libros viejos, pinturas y fotografías. Saliendo del taller ya no habría vuelta atrás, le entregaría al mundo mi esencia. No niego que soñé tiempo atrás con ese momento, pero mientras más cerca estaba de cumplirlo, nuevos temores se acumulaban en mi interior.

—Es valiente lo que te has atrevido a hacer— escuché decir de pronto a Pedro Alonso, como si hubiese leído mis pensamientos y percibido el terror en ellos. Conocí a ese poeta andaluz dentro del círculo de escritores con los que solía relacionarme; aquel hombre ya tenía una

trayectoria respetable; no era demasiado joven pero su porte mostraba un vigor y gallardía inquebrantables. Esa tarde me advirtió sobre las dificultades que vendrían tras publicar el libro, y recuerdo haberme propuesto llegar a su edad conservando el coraje que necesitan los artistas para no perderse.

—Sería más fácil si no estuviera en este país —comenté—, creo entender la razón de que tú no escribas para España. Me extendió una copa de vino.

—Los problemas empezarán entre los que te conocen, en especial con la familia. Tu poesía es fresca, pero muy provocadora, pareciera que no eres una joven de veinte años, sino de cuarenta.

—No te voy a mentir, estoy asustada.

Él suspiró largamente, tomando de su copa y fumando.

—A los escritores sólo nos pueden conocer a través de lo que escribimos, especialmente en

la poesía; vas a entregar tu vida para que otros se conmuevan.

Dejé de mirar al estante y puse mis ojos en los suyos.

—Siempre me he preguntado la razón que tengo para escribir; todos los artistas dicen querer dejar una huella en el mundo, eso en parte es cierto, pero hay algo más profundo detrás, algo que la gente ordinaria no comprendería. Me extendió la cajetilla de cigarros sin que se la hubiera pedido y luego miró hacia donde estaba el escritorio.

—Escribimos porque de lo contrario seríamos psicópatas, probablemente asesinos.

Sus palabras me impactaron; entendí que jamás sería una persona normal; a través de la literatura pude permitirme la perversidad y la inmoralidad que llevaba dentro, no desperdicié esa oportunidad; pero lo cierto es que ni siquiera a través de la escritura pude sofocar mi soberbia

y maldad; el arte no pudo salvarme de cometer mi crimen.

122

Pasar tiempo con Edmond implicaba un desorden de emociones, por momentos era inmensamente feliz, pero todo podía transformarse rápidamente en desdicha y sensaciones de honda soledad. Recuerdo la tarde de un domingo en la academia, sus gestos me sobrecogían y había en él una actitud alegre; esa es la razón por la que en muchas ocasiones llegué a pensar que Edmond me quería. Compartí con él la lujuria y los excesos que caracterizan a los amantes; y adoré su forma de tocarme, de olerme, porque parecía que no me iba a traicionar nunca. No puedo olvidar las imágenes de los espejos, los temblores de su cuerpo y el delirio que me provocaba con cada uno de sus juguetes.

Ese día se mostró más cálido; después de habernos saciado en desesperadas caricias y

devastadores movimientos para compenetrarnos, Edmond cayó a mi lado y sorprendentemente me atrajo hacia su cuerpo en un movimiento rápido. No pude mirarlo, sus brazos me envolvieron con decisión y me dejaron inmóvil.

—¿En qué piensas? —dije aferrándome de espaldas en su pecho.

No obtuve respuesta; Edmond se había quedado dormido, podía escuchar la fuerza de su respiración y la tranquilidad que se desprendía de ella. Tenía los labios pegados a mi cabello y una pierna encima de mi cintura; puedo jurar que todos los momentos felices de mi vida se encerraron en ese abrazo y que mis amores anteriores revivieron en Edmond, como si fuera él la magdalena de Proust devolviéndome cada instante sepultado en el pasado; además, para mi desgracia, no sólo trajo las épocas más importantes de mi existencia, sino que hizo surgir un piélago extraordinario de futuros

irreales que me proyectaron una vida a su lado. Mi cuerpo pareció temblar en todos lados y de pronto una paz abrazadora me invadió; deseaba dormir como él, pero en el miedo de perder la maravilla experimentada, hice una lucha por mantenerme despierta y gozar cada segundo que se escapaba. Tuve la fuerte impresión de que Edmond me pertenecía; en ese diminuto espacio del universo, él era mío. Pero ni siquiera todas esas muestras físicas de su parte eran amor; hoy dudo que sus acciones fueran dirigidas incluso con el más mínimo de los afectos, pero en ese tiempo, tristemente, una de mis peores ingenuidades fue pensar lo contrario.

En los meses anteriores todo lo que hacíamos después del contacto físico era casi detestable por la comedia que representábamos, pero cuando Edmond dio por terminada su relación con la actriz, empecé a sentir que las cosas entre nosotros comenzaban a parecer menos

reprobables. Ese día nos quedamos charlando poco más de una hora en la academia antes de salir a tomar café; no dejábamos de lado la discusión sobre el tema del amor; me empeñaba en su negativa a esa palabra que yo deseaba que se pronunciara entre nosotros algún día.

—No entiendo por qué no aceptas su existencia —le dije mientras terminaba de vestirme.

—Eres muy joven.

Eso me lo dijo en más de una ocasión, incluso llegué a preguntarme si quizá tenía razón, y al alcanzar sus años todas las cosas del mundo perderían su nombre.

No lo voy a saber.

—Mi juventud no tiene nada que ver con lo que te he dicho.

—Desde luego viene al caso —contradijo—, eres joven y no te han roto el corazón, por eso crees tan románticamente en la idea del amor.

Lo miré indignada porque en alguno de nuestros encuentros ya le había contado sobre todas mis heridas y advertido sobre la profundidad de ellas. Me lastimó darme cuenta de que no lo recordaba y al no recordarlo era como si no me conociera.

—¿Qué te hace pensar que no me han roto el corazón? —lo miré profundamente, pero en seguida apartó la mirada.

—Tal vez lo hicieron, pero no lo suficiente para que dejaras de creer en el amor.

¡Cuán lastimado estaba Edmond! Pero a pesar de reconocer su dolor, jamás supe quién provocó esas sombras que lo atormentaban.

—Hablas como si eso fuera algo necesario para vivir bien, y en realidad nadie se merece que le rompan el corazón —me detuve un instante para enfatizar lo que estaba a punto de decir—. Te odiaría si haces eso conmigo.

Se acercó para abrazarme y darme un beso en la cabeza.

—Yo no voy a romperte el corazón.

¿Cómo no iba a sentir que sus acciones eran muestras sinceras de cariño? Me parecía que Edmond se comportaba de esa manera porque no había nadie que lo estuviera observando; estaba bien para mí que en nuestra intimidad pudiera mostrarse tal como era sin sentirse expuesto. Pero hoy ya no sé si de eso se trataba, porque inesperadamente volvía a la frialdad, y con el tiempo todas sus incoherencias me llevaron a la confusión y locura más angustiante que pude experimentar.

—Entonces, ¿de verdad jamás has sentido amor? —pregunté mientras él acomodaba un equipo de sonido.

—Quise de verdad a dos personas —habló rápidamente—, una de ellas murió y la otra ya está casada con alguien más.

—Perdiste el amor, pero no significa que nunca hubiera existido.

—Mira todo es lo mismo, sólo un contrato entre dos personas, una lucha de poder y todo se termina jodiendo.

Se mantenía firme en su decisión, pero yo ya había resuelto demostrarle lo contrario. Me daba la impresión de que ni siquiera él se explicaba sus propios sentimientos, y que vivía en una lucha a muerte consigo mismo.

Cuando salimos de la academia el cielo ya estaba oscuro; al notar que me frotaba constantemente las manos, se quitó el suéter y me lo ofreció. Aún después del asesinato no he podido borrar su fragancia de mi memoria. Ni siquiera el aire de muerte desprendido ese día que me duele recordar pudo superar aquel olor de cuando todavía estaba vivo y yo lo tenía para mí.

Fuimos al café de siempre; como ya he dicho antes, los momentos con Edmond eran

cruelmente inestables. De pronto recordé una tarea de la universidad que consistía en pedirle a nuestras personas favoritas que hicieran un análisis sobre nosotros, escribiendo las cualidades y defectos que nos definían. No fui capaz de compartirlo con nadie más porque en ese tiempo me sentía aterrada de mí misma al reconocirme a través de los poemas prontos a publicarse. Pero creía que Edmond me comprendía, que posiblemente se había sentido como yo cuando apenas empezaba a emprender camino en el arte que escogió.

—Será difícil —comentó tras escuchar de lo que se trataba—, pero puedo hacerlo.

Estuve en silencio mientras escribía un listado de palabras en una hoja que al final dobló en cuatro partes para guardarla en mi bolsa. Me detuvo la mano cuando quise abrirla, y se negó a dejar que la leyera en ese momento.

—Mantén la hoja ahí, cuando estés en tu casa podrás verla.

Hice lo que me pidió y dejé de lado mi ansia. Se me ocurrió entonces pedirle algo de lo que hoy me arrepiento.

—Me he dado cuenta de una cosa— comencé a decir—, no tenemos una fotografía juntos.

Su reacción fue inesperada, primero soltó una risita y después negó con la cabeza al tiempo que ponía una mano sobre mis piernas, levantando un poco el borde de mi falda.

—Eso todavía no —dijo sin mirarme—, hasta que ganes un premio de poesía o novela nos tomaremos esa foto.

Sentí un nudo en la garganta, pero sólo guardé silencio y aparté la mirada. Sus palabras me hirieron porque ese día me sentía feliz, precisamente por la sensación de las magdalenas, el pasado, el futuro y todas las cosas que dije

experimentar mientras él dormía sobre mi cuerpo en la academia. Quería conservarse momento, aunque fuera por medio de un retrato.

Me enfureció hasta los huesos saber que esa respuesta injustificada se debía —nuevamente—, al temor por su imagen pública. Un cortejo de dudas marchó en mi cabeza después de ese momento. Llegué a casa sintiendo una ráfaga de soledad e insuficiencia; toda la felicidad anterior fue cubierta por un inmenso nubarrón con las palabras que lanzó sin detenerse a pensar un solo segundo en mí. Lo que hice a continuación es algo de lo que me arrepiento, porque durante varios meses lo llevé grabado en la mente como una tortura que me hizo odiarme y maldecirme hasta el cansancio.

Saqué la hoja doblada en mi bolso; esa acción pareció apaciguar por un instante mi sentimiento de soledad, pero sólo al principio, cuando comencé leyendo las cualidades que Edmond

veía en mí. Recuerdo que me describía como una persona honesta que transmitía paz, pero rápidamente, al leer los defectos y desventajas que colocó, todo lo que antes creía posible sanar a través de lo nuestro, se vino abajo. Edmond escribió con firmeza las siguientes palabras: poco sociable, idealista, vulnerable, frágil, endeble, ilusa y romántica excesiva.

Ni siquiera me di cuenta del momento en que comencé a llorar; me indignó el hecho de que hubiera visto las partes de mí que no comparto con nadie como absurdas imperfecciones. Tampoco me conocía, a pesar de ser exigente para con los que me rodeaban, nunca fui poco sociable; mi vulnerabilidad y fragilidad fueron las únicas dos cosas que sólo Edmond pudo atestiguar; y si le entregué mi romanticismo fue para que entendiera cuánto podía amarlo.

Arrugué la hoja, pero fui incapaz de tirarla, en vez de eso la conservé hasta el día del asesinato;

fue un acto masoquista porque llevaba ese papel conmigo a todas partes para recordarme una y otra vez lo que él veía mal en mí. Desde entonces me consagré como la interrupción más grande de su vida, y como alguien a quien no podía aborrecer por completo debido a su deseo, o quizás, por lo bien que se sentía estando conmigo, aunque aquel placer resultara —inexorablemente—, pasajero. Como es de suponer, no entregué dicha tarea.

X

Cuando el libro fue publicado mi mundo estalló; sabía que corría un riesgo muy grande entre conocidos, pero tuve la esperanza de que para las personas ajenas a mí fuera admirable. Como ya dije antes, mi familia no lo tomó bien, y al cabo de unos días de la primera presentación dejé de frecuentarlos por los constantes reproches. Firmé como Luisa Almaraz porque entonces no me daba la gana ocultarme bajo un seudónimo. Cuando estas páginas sean publicadas y sepan que he cometido un asesinato, manchando de sangre un apellido que se lleva con orgullo entre administradores y abogados, sentirán más desprecio del que ya he mencionado, y espero que eso los ayude a olvidarme rápido, para

que el nombre de Luisa Almaraz no vuelva a pronunciarse nunca entre los míos.

Los episodios que estoy relatando preferiría no recordarlos; todavía me pregunto cómo sería si jamás hubiesen ocurrido, a pesar de que en ocasiones llegaba a experimentar lo más cercano a la satisfacción gracias a quienes nunca me traicionaron. No olvido las noches rodeada de amigos y colegas que celebraron la publicación del libro recitando mis poemas en voz alta y compartiendo críticas al respecto. Pero me es imposible evocar con la fidelidad que yo quisiera alguna de esas conversaciones que me llegaron a producir tanto placer.

Volví a reunirme con Edmond en dos ocasiones, la primera fue para entregarle un ejemplar y agradecerle que hubiera sido un hombre fundamental en mi inspiración para darle fin a una historia y principio a otra; en el segundo encuentro sucedió solamente el amor

que nos conectaba físicamente. Fueron ocasiones en las que me invitó muy temprano a la academia para saciar sus enloquecidos arrebatos, aunque no lo dijera de ese modo cuando me llamaba. Esos momentos fugaces, casi groseros ahora que los pienso, agravaron el sentimiento de soledad en mi alma. Esperaba que al tener en sus manos mis poemas dedicados, se diera cuenta de los alcances de mi amor y correspondiera de manera incondicional, pero ni siquiera hubo una muestra de afecto cuando le di el libro. Entendí entonces la razón de que los poetas pasaran la vida escribiendo sobre el amor sin ser correspondidos.

—Lo voy a leer en cuanto llegue a casa —dijo guardándolo en una mochila y llevándome de la mano al salón de música que se encontraba a oscuras. En un principio me resistí a sus precipitados besos y caricias.

—No es esto por lo que he venido —dije mirándolo a los ojos.

Puso una mano alrededor de mi cuello y me pegó contra la pared midiendo su fuerza.

—¿Vas a hacer que te obligue? —murmuró con los labios pegados a mi oído.

El tono en que lo dijo me hizo estremecer y fue imposible sentir indignación por lo inesperado de la situación; llegué a pensar que esa era su manera de demostrar el agradecimiento y la felicidad que sintió al descubrir su nombre entre las páginas de mi libro.

Tuve también la esperanza de que asistiera a alguna de las primeras presentaciones en los sitios que conseguía mi editor y los colegas que se fascinaron con los poemas, pero nunca llegó a ninguna; pasaron muchos días después de la mañana en el salón de música para que nos volviéramos a ver; durante una llamada le pregunté sobre los textos dedicados y sólo comentó al respecto: *Me han gustado mucho.*

Era un esfuerzo chocante y genuinamente irritante sacarle cualquier declaración que involucrara sus sentimientos; a diario me planteaba la idea de dar por terminados nuestros encuentros, cada vez más cortos y desinteresados debido a sus actitudes. Al paso de algunas semanas dejé de insistir en mi deseo de comentar los poemas con él; entendí que ya nada podría ser como el día en que nos conocimos, y también terminé por descartar de una vez por todas su iniciativa para trabajar conmigo en la difusión del libro, ya que después de habérselo entregado ignoró todas mis propuestas y mis preguntas acerca de eso. Atribuí todo a sus responsabilidades dirigiendo la academia, especialmente para que el asunto no fuera más hiriente de lo que ya era, pero su frialdad no ayudó a ninguno de mis esfuerzos por intentar justificar cada uno de sus actos.

Traté de enfocarme en las invitaciones que me llegaban por semana para eventos públicos, pero me era cada vez más difícil estar concentrada porque todo me parecía un mar de confusión. Reconozco que caí en la petulancia y el desprecio; tuve que mostrarme inaccesible a la gente por el riesgo al que me encontraba expuesta después de cada presentación.

Hubo una ocasión en la que estuve rodeada de políticos y maestros en compañía de mi editor. Recuerdo que tras la presentación se formó una fila impresionante para la firma del libro, en una biblioteca legislativa, curiosamente frente al Hotel Pasajeros. Fue una tarde lluviosa, pero el espacio era lo suficientemente grande para que incluso las personas que caminaban por la acera fueran a refugiarse dentro del lugar. Cuando llegué al sitio apenas pude creer la cantidad de público que me escucharía recitar mi obra, y pese a mi deseo de escapar para perderme en la

lluvia y en los recuerdos que me traía mirar las letras doradas del hotel, me sorprendí de haber ofrecido la mejor plática acerca del libro.

Las mujeres dijeron sentirse a ellas mismas dentro de los poemas, eso me dio motivos y aliento para seguir hablando del amor como yo lo creía, pero cuando los hombres se acercaron a mí para elogiarme o extender una crítica, todo cambiaba, me observaban sin ocultar su apetencia en la mirada.

—Es increíble que sea usted tan joven — dijo uno de esos hombres de traje y zapatos finos, con las manos más suaves que unas sábanas de terciopelo.

Cuando correspondí el saludo inmediatamente se llevó mi mano a los labios para besarla. Aunque el tipo era bien parecido y sus gestos agrandaban la vanidad de mi ego, su mirada y la de los que lo acompañaban me producía un asco formidable.

—Ha sido una tarde exquisita —comentó otro—, su poesía se lleva muy bien con la lluvia, ambas son húmedas.

No recuerdo lo que les respondía ni mucho menos si mis gestos demostraban el desprecio que estaba sintiendo, pero puedo decir que entre toda esa bola de políticos y profesores encontré a un joven piloto que venía de un largo viaje para visitar a su tío, un profesor de universidad. Pablo Santa María era su nombre, y es la única persona que pudo haberme salvado de la muerte; pero nunca llegué a amarlo, ni a sentir ninguna clase de afecto hacia él, aunque me hubiera dispuesto a dejar de lado mi arrogancia, mi soberbia y el orgullo de creer que Edmond estaba destinado para mí.

Una profesora de filosofía me presentó tanto al tío como al sobrino cuando se acercaron para pedirme una foto; no recuerdo exactamente de qué hablaban ambos profesores porque me

perdí en los ojos del chico. Me agradó porque era el único que no me miraba como los demás.

—Fue como volar a doce mil metros de altura —dijo de pronto.

—¿Disculpa?

Estaba tan aturdida que me encontraba fuera de mí.

—Escucharte, fue así como se sintió.

—Escribirlo fue como caer desde esa altura.

Me miró con profundidad y noté un temblor indefinido en sus labios.

—¡Qué extraños pueden ser los escritores!

Su conversación no me alteró, al contrario, era el comentario más acertado hasta ese momento. Le firmé el libro y no dije nada más; detrás de él quedaban personas que deseaban acercarse, por lo que en un instante lo perdí entre la muchedumbre.

Esa tarde Henry estuvo ahí, pero no me di cuenta hasta el final, cuando se acercó para

que firmara un ejemplar, mismo que yo había mandado a la puerta de su departamento antes del último encuentro con Edmond.

—Me sorprende encontrarte aquí —dije nerviosa.

—¿Entre tantos políticos y profesores? —preguntó en un tono que me irritó—No debería sorprenderte.

Finalmente tenía razón, de todos los lugares no había uno solo que nos aproximara a un encuentro además de ese, y nunca me planteé dicha posibilidad.

—Supongo entonces que estás aquí por compromiso.

Puedo asegurar que mis palabras le provocaron indignación, porque me miró con reproche al tiempo que apretaba el libro entre las manos.

—Estoy aquí porque necesitaba verte y tú no me lo has permitido.

—¿Y para qué necesitabas verme?

Levantó el libro. Sentí entonces como si de sus ojos se fueran a escapar las lágrimas; me conmovió tanto que por un instante quise abrazarlo y gritarle que ese momento lo había anhelado desesperadamente muchos meses atrás, cuando todavía tenía la esperanza de estar a su lado.

—Ahora sabes cuánto te quise —murmuré soltando sobre el escritorio la pluma con la que firmaba los ejemplares.

—No se ha acabado.

Notaba en cada uno de sus movimientos la ansia que tenía de tocarme.

—Meses atrás estabas convencido de que se había terminado, y no tienes idea de lo mucho que me costó aceptarlo. Ahora que tienes el libro en tus manos con todas mis confesiones, sólo llévatelo y recuérdame siempre así.

—Hay un nombre en el libro —su expresión cambió a la de los celos y rabia.

—Decidiste no seguir escribiendo esta historia, Henry, ahora no puedes reclamarme nada, ni siquiera que tu nombre no aparezca aquí.

—Supongo que no —se tranquilizó—, pero esperaba no haberte perdido por completo.

¡Cuánto lamenté que así fuera!

Ambos nos quedamos en silencio por un buen rato, pero no alcanzó para que yo repasara todo nuestro pasado y encontrara un motivo suficiente para perdonarle el tiempo que sufrí su ausencia. Fui idealistamente feliz a su lado, como si lo que vivimos juntos sólo se hubiera construido en un sueño que intensificaba mi amor de adolescente. Al mismo tiempo me golpeó un sentimiento de nostalgia por no poder corresponder de nuevo, pero me dominaba sin límite el orgullo y rencor.

—Pensé que todavía escribías sobre mí —dijo en un colérico tono de voz, como si lo hubiera traicionado.

Lo miré con reproche y abatimiento.

—A veces los poetas esperan toda la vida, pero qué egoístas son sus amores cuando les piden eso, ¿no te parece?

Asintió tristemente.

—Lo lamento, Luisa.

—Supe que te ibas a casar —no pude contener el tema. Los rumores llegaron hasta mí por conocidos en común.

—Acabé con el compromiso poco después de recibir el libro.

—¿Y te arrepientes?

—No me arrepiento a pesar de que tampoco me das ninguna esperanza de recuperarte— bajó el libro al escritorio y lo acercó a mí—. Me equivoqué al pensar que eras demasiado joven para amarme, creía que lo nuestro no funcionaría debido a ti, cuando en realidad yo fui quien arruinó todo. Me equivoqué, pensé que no era nuestro momento.

Miré el libro con nostalgia, sabiendo que contenía lo único que me unía a Henry en ese presente adolorido: los recuerdos.

—No esperarás que lo firme, ¿cierto?

—Desde luego, para eso esperé toda una eternidad de hombres y mujeres con olor a oficina e hipocresía.

Me solté a reír ante su comentario, pero le devolví el libro.

—Ya no tengo más para ti, Henry —rodé el escritorio para que la distancia entre nosotros se hiciera todavía más pequeña—, ni siquiera necesita una dedicatoria, ahí dentro estamos nosotros, y si algún día me olvidas y quieres recordarme, sólo tendrás que leerlo.

Me abrazó con fuerza y me besó la frente antes de darse la vuelta para desaparecer; no dejé de mirarlo hasta que lo vi cruzar la puerta y perderse en medio de la lluvia. Cuento aquella despedida no porque todavía piense

angustiosamente en Henry, sino porque hoy me doy cuenta de que así pude haberme apartado de Edmond, sin tener que llegar a la extravagancia de un asesinato; pero escribir otro poemario, e incluso una novela, habría sido insuficiente. Ya podrán ver mis motivos. He buscado entre la oscuridad de mi cabeza el momento en que perdí la razón, pero me es muy difícil alumbrar el episodio exacto. Si soy un monstruo atroz e irracional, al menos deben comprenderse los escasos instantes de luz que me salvaban y, sobre todo, cómo éstos se fueron apagando poco a poco hasta convertirse en espectros de confusión.

XI

Pablo... Pablo Santa María, como dije fue el hombre que pudo haberme salvado de la muerte. Esperó afuera de la biblioteca hasta que mi editor y yo pisamos la salida. Todo pintó como una táctica planeada porque el tío envolvió a Alonso en una conversación interminable y Pablo aprovechó para acercarse de nuevo.

—¿Qué planes tienes ahora? —preguntó mirando al cielo; había dejado de llover.

—¿Y por qué te interesa?

—Porque apuesto a que quieres salir de aquí e ir por unos tragos.

Pablo ni siquiera me disgustaba y su suposición tampoco estaba fuera de lugar, pero me encontraba tan aturdida que le mostré mi fastidio. Él pareció entender la situación en la

que me encontraba y logró convencerme de subir a su motocicleta y recorrer las calles mojadas hasta encontrar el bar indicado para acabar con mi abatimiento.

Ese día sólo tomamos unas cuantas copas de vino mientras Pablo leía algunos poemas con asombro y yo me mantenía ensimismada a su lado; me llevó a casa asegurándose de que volvería a salir con él, pero francamente pensé que sería la última vez que nos veríamos.

Pasaban los días y no tenía noticias de Edmond, tampoco aparecía en las presentaciones y eso me quitó el ánimo por escribir. Estaba deseando llamarlo cuando una noche Pablo tocó la puerta de mi casa para invitarme más tragos. Acepté salir con él porque de otro modo me hubiese quedado frustrada frente a mi escritorio, con la pluma quemándome las manos.

Lo que me gustaba de Pablo era su manera de ser; amé el instante en el que bajé de su

motocicleta para caminar en dirección al bar — el mismo de la primera vez—, y que de pronto él me tomara de la mano, como si ya existiera un vínculo inquebrantable entre nosotros.

—Sólo tengo una vida —comenzó a decir—, y quiero que la gente me vea caminando contigo, porque puede ser que después no nos volvamos a encontrar.

A veces pensaba que Pablo Santa María no había sido más que una especie de alucinación que aliviaba mi despecho, pero Alonso solía recordármelo constantemente en nuestras reuniones.

Esa noche bebimos demasiado; de pronto nos encontramos subiendo los escalones de un calvario cuyo campanario producía un ruido que me atraía desesperadamente.

—¿Por qué no quieres contarme sobre tus poemas? —preguntó mientras avanzábamos por los escalones, aún tomados de la mano.

—Es tan deprimente que prefiero no hacerlo —respondí—, además, ya estoy harta de esos poemas.

—Presiento que te han lastimado.

Fruncí el ceño e involuntariamente apreté su mano, pero no respondí, me quedé mucho tiempo mirando la vista que se extendía ante nosotros. La música de los bares y sus luces no eran tan despreciables desde esa distancia, y yo ahí con ese extraño deseaba sentirme ajena de mí misma.

—¿Cuál fue tu favorito?

—Todos —confesó—, pero en especial los que hablan de lo prohibido.

Una rabia imperiosa se apoderó de mí; hasta ese momento me di cuenta de que aquel poema atraía precisamente a los hombres porque en ellos existen las pulsiones y los instintos más lascivos; la bola de políticos y profesores en la biblioteca que me elogiaban con la esperanza de tener una plática a solas no era porque entendieran mis

poemas sino porque deseaban ser el objeto de mi deseo y al mismo tiempo experimentar el placer de tenerme en su dominio, de manera prohibida. Incluso Pablo lo sentía de esa manera, a pesar de que sus intenciones nunca fueron para herirme. La ira que corrió por mi cuerpo no fue en realidad a causa de ninguno de ellos, sino por Edmond; sentir que él podía formar parte de ese tipo de hombres me entristeció.

—¿Sientes deseo por mí? —hablé de pronto.

Pablo me tomó de la mano y me hizo dar una vuelta, como si fuésemos a bailar, pero luego me atrajo a su cuerpo con decisión.

—Lo hago desde el instante en que te escuché hablar —confesó, para después aventurarse a besarme.

—¿Y qué quieres?

—Justo ahora subir a la moto y correr a esconderme contigo para hacerte el amor como un monstruo.

Sucedió de esa forma, pero ni siquiera Pablo pudo disipar el tormento que se formó en mi existencia tras los pensamientos que llegaron sin cansancio luego de aquel reconocimiento respecto a Edmond y el poema.

—Vi al hombre de traje —dijo Pablo mientras fumábamos en la habitación de un hotel cuyo nombre olvidé enseguida.

—Todos los hombres iban de traje menos tú —respondí negándome a reconocer rápidamente que me estaba hablando de Henry.

—Pues me refiero al único hombre con el que hablaste más de veinte minutos.

El hecho de que Pablo hubiera sido tan observador el día que nos conocimos no era lo que me sorprendía, sino el tiempo calculado de mi conversación con Henry; para mí todo había transcurrido en un instante insuficiente.

—¿Y qué con él?

Esperaba que mi indiferencia terminara por irritarlo, pero se mantuvo insistente.

—Presiento que él es el motivo de todo.

Los momentos en que Pablo comenzó a insistir sobre el tema terminaron por romper mi paciencia y provocarme un estado de ánimo sombrío. Las veces que estuve a punto de refugiarme en él fueron fugaces, y aunque me atraía demasiado no pude inclinarme por completo hacia la sinceridad de sus ternuras.

Lo vi en dos ocasiones más y nunca presentí el momento del final, ni mucho menos que Pablo me llegaría a poner en una situación tan complicada. Recuerdo haberle comentado sobre un deseo desesperado de viajar a cualquier sitio apartado de todo lo que ya conocía; viajar para perderme, para nunca volver; le dije que era afortunado de vivir en los cielos, yendo de un lado a otro. Si algo teníamos en común Pablo Santa María y yo era un sueño de libertad, de

no pertenecer a ningún lugar, de correr riesgos. ¡Qué felices hubiéramos sido!

La última vez que lo vi me habló de hacer un viaje a las playas en el sur del país.

—Tú elije el lugar y vámonos —sugirió esa mañana.

Llegó a visitarme inesperadamente y estuvimos hablando alrededor de dos horas. Pablo había cambiado la motocicleta por un automóvil. Cuando miré con atención reparé en las maletas que ocupaban los asientos traseros.

—Así que te vas —murmuré.

—Sólo vine a pasar tiempo con mi tío, pero no puedo quedarme.

—¿Y los vuelos privados que tienes programados?

Durante el tiempo que compartimos me habló de su trabajo y lo ahogado que se sentía en él, pero no imaginé que sus emociones fueran tan graves para querer desaparecer, como yo.

—Necesito una aventura y este viaje lo será si vienes conmigo —se acercó para tomarme la cara entre las manos—, además, también lo necesitas.

Qué fácil habría sido entrar por una maleta y subirme a su coche para perderme con él en algún lugar distante, pero me detuvo el fuerte y cruel presentimiento de que Pablo no era el camino que debía seguir porque terminaría lastimándolo, y peor aún, que en realidad el fin entre nosotros se estaba pronunciando en ese preciso instante.

—No podrá ser —fue mi respuesta—. Agradezco que quieras llevarme contigo, pero no es lo que quiero.

—Cuando suba al auto ya no habrá vuelta atrás. Te pido que vengas conmigo y te olvides de ese libro —puso sus manos sobre la nuca—. Sé que es completamente extraño, pero estoy convencido de que eres la indicada para cometer

conmigo esta locura. Podemos escribir una mejor historia.

Negué con la cabeza, eso provocó que su sonrisa se borrara y se convirtiera en una mueca de desilusión.

—Te deseo mucha suerte en tu viaje —puse una mano sobre su mejilla derecha—. Créeme, será mejor si dejamos lo nuestro así y ya no nos volvemos a ver.

No insistió más, el aire de esperanza en sus ojos se había apagado; supongo que Pablo siempre entendió que había alguien que ocupaba mis pensamientos y motivaciones, alguien que no era ese hombre de traje en la biblioteca. Y a pesar de sus esfuerzos por penetrar en mi mundo, yo le negué la entrada desde el principio, de manera que nunca estuvo cerca de mis afecciones.

Subió a su auto asegurándome que no guardaría rencores, y en efecto, no hubo vuelta atrás porque ya no lo volví a ver.

XII

He prolongado el momento para hablar de las situaciones que me conectaron fuertemente con Edmond. Debo confesar que, aunque el retroceso me esperara siempre a la vuelta de sus incomprensibles cambios de actitud, todavía puedo recordar fielmente el único tiempo en que sentí el mundo transformarse a causa de mi amor y la terrible sensación de que finalmente Edmond llegaría a corresponderme como yo necesitaba.

Precisamente cuando empezaba a asimilar la idea de que probablemente todos nuestros encuentros en adelante serían totalmente ocasionales y frívolos, de repente Edmond volvió a la calidez; mis planes se truncaban fácilmente cuando la humildad dominaba en él y se apagaba

la violencia de su mirada. Me cuesta entender la debilidad en cada una de mis convicciones, pero todo fue por el propósito inicial de hacerlo creer en mi amor.

La Luisa Almaraz de esa temporada actuaba con dulzura y comprensión. ¡Es para morirse de risa! Edmond había decidido sacar del baúl del olvido su obra de teatro, la misma que comentamos en nuestra primera cita, y tenía planes de ganar dinero a través de ella, pero aún no estaba lista, el argumento necesitaba una corrección de gramática y estilo. Cuando me confió el manuscrito para que yo me encargara de esa exhaustiva tarea, una alegría inmensa me invadió la existencia, era como si por fin estuviera dando un primer paso a la vida que podíamos compartir artísticamente.

Diariamente soñaba con vivir a su lado, en un lugar inspirador cuya vida transcurriera en las noches; habría dos escritorios paralelos en

un estudio lleno de libros, fotografías viejas y objetos coleccionables; tendrían que existir dos recámaras diferentes porque inevitablemente llegaríamos a discutir tan lastimosamente que necesitaríamos dormir en espacios separados antes de recobrar la calma y el deseo; imaginaba una estancia diseñada específicamente para reflexionar nuestros escritos y de vez en cuando hacer el amor sin prisas; es seguro que no nos casaríamos, pero la vida que yo formaba era suficiente para salvarnos de la soledad y el riesgo de pasar nuestra juventud sin una compañía que comprendiera nuestros abismos.

—¿Puedes ayudarme con esto? Tú sabes más de letras que yo.

De aquel encuentro recuerdo la pasión que brillaba en sus ojos; le dije que en tres días tendría lista la corrección y el prólogo de la obra, que era preciso volver a vernos en ese lapso; no

puso ninguna excusa, al contrario, se mostró entusiasmado.

Quise formar un vínculo con él a través de la escritura; aquella obra representaba el pensamiento de Edmond en su máxima expresión; al tenerla en mi poder podría sumergirme en las lagunas que no me fueron accesibles en un principio. La literatura nunca fue un juego para mí, significaba la vida misma, la verdadera esencia del ser humano, la clave de los secretos del universo. Creí ingenuamente que al aventurarme a leer su mente encontraría la llave de su alma, es más, que él mismo me la estaba entregando con esas páginas.

Los sonidos que se producían la mañana del café parecían estar en sintonía con los latidos de mi corazón. Presentí al destino en el camino que Edmond y yo veníamos recorriendo y que, además de estar presente, sanaba sus enormes grietas. Acordamos la cita

un 11 de mayo. Cómo olvidar que el mismo día de aquel mes, un año antes, había ocurrido nuestro primer encuentro en *Pasajeros*. Llegué a tiempo y esperé aproximadamente una hora temiendo que no apareciera, pero lo cierto es que la impuntualidad era uno de los tantos defectos de Edmond. Solía ser impaciente y demandar puntualidad, pero él rara vez llegaba a tiempo. Ahora que lo medito es posible que en realidad fuera así sólo conmigo, porque tenía la seguridad de que siempre lo estaría esperando. Pero admito que hubo esperas más crueles y dolorosas, esa ni siquiera se compara.

Toda la felicidad que corría por mi cuerpo vencía el cansancio y los problemas existentes que eran rutinarios. Ya no me sorprendía el hecho de que cada vez que veía a Edmond todos mis intentos por dejarlo ir fracasaran; era como si hubiera aceptado mi maldición y estuviera deseando ver hasta dónde podía llegar. Su obra

parecía ser el único medio que nos conectaba, y de pronto se me ocurrió que eso era lo más importante en su vida, tanto como para mí lo era escribir; la dramaturgia de ninguna manera podía ser un juego para él; intuí que los secretos más profundos de su persona estaban escondidos entre una historia de ficción que yo descifraría enseguida.

Todas esas impresiones se formaron porque aquella mañana en el café hablamos durante horas acerca del proyecto sin que fuera necesario ir a la cama para crear cercanía; por primera vez desde que lo conocía no nos vencieron los arrebatos, y no por falta de deseo, sino porque la conversación se volvió tan profunda que ni siquiera el tiempo alcanzaba para la cantidad de ideas nacidas de su entusiasmo y mis muestras de incondicionalidad. Había quedado impresionado con los cambios en la obra, tanto que de sorpresa comenzó a hablarme sobre

otros proyectos que aún no se atrevía a poner en marcha por las dificultades que representaban, pero que estaba dispuesto a atravesar si yo lo ayudaba. Me hizo pensar que me necesitaba; al imaginar el futuro me incluía en él, por ello la fuerte corazonada de que no nos separaríamos nunca.

—Debemos escribir juntos —dijo mientras repasábamos las notas en el borrador de su obra.

Mi cabeza hubiera podido explotar en cualquier momento.

—¿Esta vez hablas en serio?

—Sería increíble —asintió—, una obra en una noche. Prepararemos una jarra de café y no iremos a dormir hasta terminar.

Sus palabras alimentaban mis ilusiones. ¿Puedes entenderme, lector? Nunca idealicé nada, todo aquello que estuve esperando fue provocado por sus palabras, por cada uno de sus tratos y promesas. Creí haber encontrado a la

persona con quien podría combatir tormentos y angustias a través de la escritura, en una noche entera.

—Siempre había pensado en la creación como un acto que debe realizarse en completa soledad para lograr el total reconocimiento de uno mismo —respondí—, pero ahora tu propuesta me hace imaginar que si compartimos eso podríamos llegar a comprender lo nuestro.

Vaciló un instante, pero después asintió con la cabeza, como si también viera la escena de nosotros frente a un escritorio, en medio de una penumbra apenas iluminada, dominados por el desenfreno y la locura del único arte que es un cretino con sus artistas.

No olvido las últimas veces que vi a Edmond; si al menos hubiese podido borrar las partes felices de aquellas horas, nunca hubiera llegado al asesinato. Ya he dicho que no me arrepiento, pero a diario pienso en lo que pudo

ser diferente. Esa mañana se sumaron más planes a la lista de promesas; de pronto se me ocurrió que necesitaba asegurar el texto, y tan pronto como le hablé de los derechos de autor, inmediatamente me propuso ir a la Ciudad de México para ocuparnos del registro de nuestras obras. Y por primera vez en mucho tiempo me sentí fielmente acompañada por él. ¡De verdad era para morir de risa!

XIII

Me causa una gran confusión recordar episodios ingenuamente alegres después de lo que hice, de pronto parece ajeno, como si no fuéramos Edmond y yo los que paseaban en las calles de la Ciudad de México el día que fuimos a tramitar los derechos de nuestras obras; veo a una Luisa Almaraz tonta, la reconozco y me avergüenzo de ella, pero exactamente ya no puedo sentirla.

Algunos de mis allegados se preguntaban constantemente acerca del hombre misterioso detrás de cada uno de mis impulsos e irracionalidades; durante un tiempo pude evadir preguntas que de ninguna manera podría responder, sobre mi lugar con Edmond. Esa situación me mantuvo en duda hasta el final y jamás habría podido explicársela a nadie. En

algún punto creí ocupar un sitio importante en su vida, esencial por indefinido que fuera; tardé tiempo en darme cuenta de la realidad: nunca hubo un lugar para mí. Pero cuanto más mantenía a terceros lejos de cuestionar cada uno de mis actos, más me aproximaba al precipicio.

Una noche antes de ver a Edmond para el trámite me encontraba cenando en compañía de amigos artistas en el café Mandrágora, lugar de nuestras bohemias y encuentros intencionados para colaboraciones de arte; era aquella una de esas reuniones que solían organizar los artistas plásticos con el fin de compartir vino, poemas y hablar de los proyectos próximos; llamé a Edmond para invitarlo y de nuevo se negó rotundamente; era como si temiera ser visto a mi lado delante de quien fuera.

Durante la reunión apenas pude concentrarme para escuchar lo que se comentaba en la mesa. Experimentaba la incertidumbre

como una presión en el pecho y un dolor extraño atravesado en la garganta. Uno de los amigos sacó el tema sorpresivamente.

—Querida Almaraz, creí que en cualquier momento llegaría el misterio. Ahora no recuerdo con exactitud cuántos ojos fijaron su atención en mí.

—Ya comprendes, los artistas tienen mucho trabajo —respondí tajante, mientras que en mi mente desfilaron la cantidad de veces que le pedí a Edmond que me acompañara en situaciones similares sin tener éxito.

—Mantienes todo en un atrayente secreto que hasta deseo que ya estés escribiendo un nuevo libro.

—Posiblemente sea hasta entonces que sepas algún detalle —me reí, tratando de ocultar el inmenso vacío que empezaba a abrirse en las paredes de aquel salón cubierto de libros, pinturas eróticas y muebles antiguos.

—Se parece a una historia que ya conozco —comentó alguien más refiriéndose a mi libro y la historia con Henry.

Me quedé sin palabras, ensimismada en el asiento e incapaz de moverme en dirección a la salida. Hasta ese momento todo se había encerrado en mi interior como un vórtice que creía desconocido para los que me rodeaban. ¡Qué gran error! Todos esperaron que admitiera aquella idea, pero tan pronto como recuperé la fuerza me levanté de la mesa abandonando la cena e ignorando las palabras de los amigos que se disculpaban e intentaban detenerme.

Llegué a mi estudio para encerrarme de nuevo en el silencio y la duda.

A partir de ese día guardé no sólo a Edmond en un secreto que se iba tejiendo monstruosamente a lo largo de mi destino, sino cada detalle de mi vida. Pero ya lo he dicho, en ese tiempo mi amor por él empañaba la angustia de todos mis

actos, de tal forma que me era imposible darme cuenta de todo lo estaba perdiendo.

El paseo por la Ciudad de México sólo me hizo acoger con esperanza la posibilidad de una vida así a su lado; esa dimensión en la que nos compenetrábamos podía ser suficiente para mí.

—¿Cuál es tu sueño? —me preguntó esa mañana mientras llenábamos algunos papeles indispensables para el registro de las obras.

Nos encontrábamos desayunando al aire libre en una cafetería; cruzando la calle había una gran construcción con balcones que el sol alumbraba tenuemente; no podía dejar de mirar la escena de uno en específico: las ventanas abiertas permitían al viento mover las cortinas blancas de un lado a otro, revelando fugazmente a una pareja entre caricias y jugueteos. Esa era la respuesta; la escena de la ventana me mostró una perspectiva que antes no había imaginado, ni siquiera con Henry.

—¿Mi sueño? —repetí volviendo la vista a los papeles que me encontraba llenando.

—Tu mayor deseo en la vida.

Lo miré profundamente, pero sin poder mencionarle la imagen frente a mis ojos.

—Libertad —respondí viendo cómo la pareja se acercaba al balcón y la mujer alargaba el brazo para cerrar un ala de la ventana, y al mismo tiempo la ilusión formada en mi cabeza de que Edmond y yo éramos aquellos.

—Eso es sencillo —dijo poniendo una mano sobre mis piernas. Negué con la cabeza.

—Creo que nadie es completamente libre, pero quisiera llegar a experimentar lo más cercano a la libertad a través del amor.

—¿Por qué mencionas al amor en todas tus aspiraciones? —reflexionó un instante—
¿Qué no es el amor una forma de sometimiento?

—La libertad da frío —dije—, ¿te imaginas poder sentirte liberado a través de un amor que no represente ese sometimiento que tú crees?

—No lo había pensado, mi sueño en realidad es dejar huella en este problemático mundo.

—Como todos los artistas, pero eso implica tener un espíritu libre para llevar a cabo ciertas acciones —concluí—, mis amigos y colegas dicen que tengo ese espíritu en demasía y a veces les preocupa que pueda llegar a desaparecer sin dar avisos porque conocen mis impulsos y sueños de aventura.

Edmond me miró con el ceño fruncido, como si se hubiera extrañado de mis palabras.

—¿En serio tienes amigos?

Yo quedé aún más extrañada con su pregunta, pero ya había dirigido la vista al plato de comida frente a él, de manera que ni siquiera pudo ver mi reacción.

—Claro que sí —respondí sintiendo una especie de agobio—, ¿por qué lo dices así?

—Por nada —se quedó callado por unos segundos—, pensé que no tenías amigos porque eres...

Dejó las palabras en el aire, eso me hizo sentir irritación; odiaba cuando hacía eso, podía pasar de una cosa a la otra sin haber terminado, y yo necesitaba detalles, saber con exactitud su pensamiento respecto a mí, ¿sería acaso que hasta ese momento Edmond me había considerado un ser lo suficientemente innoble e insociable como para suponer que no tenía amigos? Mi cabeza se volvió un torrente de ideas difíciles de poner en orden. ¡Qué gran error había cometido al suponer que Edmond me conocía!

Traté de desechar sus últimas palabras y me aferré a la emoción anterior. Pude haberlo olvidado, apuesto a que lo hice en ese momento,

pero ahora todo me vuelve como violentos relámpagos cuando recuerdo ciertas cosas.

Caminamos por las calles compartiendo planes futuros e ideas en las que podíamos estar de acuerdo; era como si ya hubiese atravesado la entrada de su recóndito mundo, aunque en realidad la puerta de ese sitio siguiera escondida y cerrada. Pero me resignaba a esos instantes que me ofrecían sensaciones variables, pasajes efímeros de felicidad y promesa.

Me dominó el entusiasmo, ya que dicho trámite no podría completarse ese mismo día, era preciso volver en una semana para recoger el certificado. Edmond estaba acostumbrado a visitar la Ciudad de México, para él no representaba ninguna sorpresa; ir y venir resultaba totalmente cotidiano, de modo que le era imposible compartir mi emoción.

—Volveremos para repetir esto —dijo tomándome sorpresivamente de una mano para

cruzar la calle mientras nos dirigíamos a un hotel.

Me sentí como niña durante una tarde de verano; en la inmensidad de esa ciudad Edmond se mostraba menos incómodo respecto al tema de nuestras edades, y yo creía estar cada vez más cerca su corazón. Todo fue porque mientras él decía no creer en el amor nos encontrábamos paseando como una pareja normal: haciendo el amor como unos locos, visitando sitios para artistas y conversando como si ni siquiera una eternidad fuera suficiente. ¡Cómo lo siento Edmond! Me habría gustado que mi vida terminara en aquella habitación de paredes blancas y sábanas empapadas, precisamente en el instante en que tu boca descendió por mi espalda; o mientras hablábamos sobre los murales expuestos en Bellas Artes, antes de que tomaras una fotografía de nosotros, la primera y la única; o saliendo del restaurante, en tanto que hacías

un recuento de tu vida; o cuando nos dirigíamos lentamente en dirección a la estación con un cigarro mediado y yo respondía tus preguntas acerca de las cosas que más me gustaban de tu persona. Cualquiera de esos escenarios habría sido ideal para morir, de cualquier forma, un día como ese no volvería a repetirse nunca más entre nosotros y yo acabaría matándote.

XIV

Adoraba profundamente a Edmond, pero dicha palabra que pronuncian todos los amantes jamás se escuchó entre nosotros. Los cambios en él me eran cada vez más incomprensibles; estaba consciente de que mi lugar en su vida era completamente indefinido, pero por todas las cosas que habíamos pasado juntos no podía dejar de sentir que de alguna manera me pertenecía. Era angustiante pensar en la probabilidad de que yo no fuera su única amante. Se me ocurría de pronto que los instantes de frialdad y distancia eran debido a que compartía momentos con alguien más. Dicha hipótesis me enloquecía y al mismo tiempo ensombrecía mis pensamientos, cada vez más peligrosos e insoportables, pero a pesar de ello nunca le pedí una explicación sobre

sus indiferencias. ¿Sería posible que existiera otra mujer con semejante deseo y comprensión?, ¿acaso habría otra amante enferma siguiendo su propia destrucción en un hombre que ni siquiera creía en el amor? Esa pregunta se instalaba en mi mente con insistencia tras imaginar el presunto engaño, pero después de haber llegado hasta estas confesiones, incluso el lector tendría razón al decir que es imposible, no podría existir otra como yo.

Y debe ser aún más difícil entender mi incertidumbre y resignación para vivir con tal desespero, pero ya estoy pagando por la irracionalidad de haberme conformado de manera incondicional con los escasos instantes de placer que Edmond me daba, y con los cuales me rescataba de la soledad.

La segunda vez en Ciudad de México no sucedió como yo imaginaba, —me estalla la cabeza al recordar—, no adiviné ni calculé lo que

estaba a punto de pasar, aunque Edmond me dio señales. Pero como he dicho siempre, él tenía una capacidad extraordinaria para confundirme, para hacerme pensar que de verdad me quería y que estábamos a pocos pasos de unir nuestras vidas.

Volviendo a caminar por esas calles inolvidables intercambiamos algunas ideas, especialmente sobre sus sueños, siempre de sus planes. Las veces que Edmond llegó a preguntar algún detalle sobre mí era como si no le importara, porque fácilmente lo olvidaba. Pero eso no fue lo que sentí ese día; adoraba escuchar su voz contándome los planes del futuro; deseaba acompañarlo en ese tiempo posterior, y sobre todo que dicho porvenir fuera ventajoso.

Llegamos muy temprano al hotel de la última vez, y a pesar de que esa mañana todo era tan frío, incluyéndolo, nunca adiviné

sus planes. Nos recostamos en la cama con abatimiento y deseos de paz. Me tomó de la cintura para ponerme encima de él, actuando con delicadeza en todo momento. Yo adivinaba los movimientos porque me sentía conectada con sus deseos. En seguida desabrochó mi pantalón y me quitó la blusa; recuerdo nuestros besos como una dosis de tranquilidad a pesar de todos sus defectos e irritantes actitudes; en esos instantes de comunión sus manos se volvían una fuente de calor, y sus ojos me miraban con un extraño dejo de súplica y ternura. Siento que dichos pasajes se me escapan, es como si hubiera transcurrido mucho tiempo de eso; y, sin embargo, aún tengo lagunas en mi memoria que de pronto se revelan imperiosamente.

Tomé el control. Rápidamente nos desprendimos de la ropa; frente a nosotros había un espejo de tocador; no puedo olvidar cómo Edmond enloquecía mirando las escenas;

creí que eso jamás se acabaría, que ya no podía acabarse, que sería insoportable si terminaba.

Hice el amor con él como si me fueran a arrancar la vida y ese fuera el único final aceptable entre Edmond y yo. ¿Puedes darte cuenta de los alcances de mis equivocaciones? Hubo un instante en el que me cargó en sus brazos para ponerme encima de la mesa del tocador y situarse entre mis piernas.

—Quiero que te quedes para siempre
—murmuré en mi devastador delirio, como lanzando un ruego de oscura terneza.

¡Cómo se habrá reído de mí en sus adentros!

Me mostró una sonrisa acompañada de unas cuantas palabras que ni siquiera pude escuchar, luego me tomó rápidamente y me tumbó boca abajo sobre la cama; esos momentos en los que no podía verlo a los ojos era todo tan angustiante a pesar del placer. Pero ni siquiera todas mis confusiones me arrancaban de la felicidad que

experimenté fugazmente; perdí el control y el mundo me parecía hermoso. Me habría gustado que un enorme cataclismo se llevara aquella pequeña parte del planeta y acabara con nosotros en esa cama, en ese enredo de caricias, en esa incertidumbre del porvenir y deseos de la muerte.

En algún momento me levanté a apagar las luces, y cuando regresé me envolvió en un abrazo con sus piernas y brazos; puso los labios en mi cabello, muy cerca de mi oído; respiraba con fuerza, y pude escuchar cómo poco a poco se iba tranquilizando hasta quedarse dormido.

Hubiera querido decirle que mis noches anteriores habían sido tan agitadas que me era imposible conciliar el sueño, que por primera vez, en mucho tiempo, me sentía en paz. Fue tal la gravedad de esa calma que me abandoné en su ternura; finalmente pude dormir, descansar de mí y las cosas que no le dije.

Odio lo que pasó en seguida del despertar. Nos encontrábamos en silencio mirando al techo, yo en una nube de deleite y encanto. Todo se rompió entre nosotros aquella mañana y sólo entonces me percaté de la cantidad de grietas inadvertidas a causa de mi soberbia.

—Fue un placer —lo escuché decir de pronto. Me reí por la forma en que lo dijo y sin saber exactamente a qué se refería—. No nos veremos más, pero fue bueno mientras duró.

Seguí riendo, hasta que vi la verdad en sus ojos.

—No juegues con eso.

Puedo asegurar que sonreía, que sus gestos se parecían a los de la travesura y el ánimo de una mala broma.

—No puede ser cierto —murmuré ante su silencio.

—En parte lo es.

Sentí que aquel mundo de anteriores instantes se desmoronaba, y no me refiero a un mundo idealizado o inventado por mí, sino el mundo real, el mismo en el que todo ese tiempo había estado con Edmond.

—¿Por qué? — dije mirándolo fijamente.

Apartó la vista, como hacía siempre que mis ojos atacaban a los suyos con el interés de una explicación.

—No es un tema para hablar en un hotel —dijo rápidamente.

Insistí ¿dónde planeaba decirme que lo nuestro se estaba acabando? Ansiaba escuchar de su voz que era mentira, un mal juego, que en realidad ya no podíamos separarnos, que ya era inaceptable perdersos.

—Está bien —comenzó—. Te digo que ya no nos veremos porque esto se tiene que acabar, no podemos seguir así, podríamos llegar a lastimarnos.

Edmond me había lastimado tantas veces sin darse cuenta, que me parecía estúpido lo que estaba diciendo. Todo el tiempo transcurrido y hasta ese momento se le ocurría que podíamos llegar a lastimarnos. Empecé a darme cuenta de lo equivocada que estuve; él nunca me acompañó en el camino que yo creía sería nuestra salvación. Todas esas grietas del pasado estaban ahí, más grandes que nunca y marcando una separación abismal entre nosotros.

—Yo nunca te lastimaría —dije repasando en mi cabeza cada momento a su lado y comprobando que, ciertamente, no lo había herido. Sin embargo, rompí ese juramento, lo lastimé hasta la muerte.

—Escucha, creo que estoy pasando por una crisis, tengo muchísimo trabajo. Las piernas me empezaban a temblar, pero no pude articular palabras, él siguió hablando—. Ayer vine a recoger mis derechos.

Sus palabras fueron como una puñalada inesperada y en seguida sentí un fuerte dolor en la cabeza. Tan sólo una semana atrás estuvimos juntos en el trámite; creí que sería así al momento de tener el resultado en nuestras manos, que volvería a sentir esa satisfacción y alborozo. ¡Cuán ciega y estúpida fui!

—Cuando tuve el papel en mis manos me sentí feliz —decía—, y sólo pude pensar que no lo habría logrado sin ti. Creo que hay personas que llegan para eso, dejan algo muy grande en uno y después se van; tú y yo somos de esos. Hace un año te estaba hablando de mi obra, la has corregido y ya llegamos hasta aquí, es el final.

—Tiene que ser mentira —susurré.

Ciertamente, a lo largo de mi tiempo con Edmond, fallé en cada una de mis predicciones ¡Era yo el personaje ridículo de nuestra comedia!

Por un momento ignoró mis palabras, entonces me fue imposible no llorar.

—Vamos —dijo poniendo una mano sobre mi cintura—, no llores, me vas a caer mal si empiezas a hacer un berrinche.

Edmond podía llegar a ser muy cruel, casi sin sentimientos, pero todo eso de manera natural, involuntaria.

Me limpié los ojos con gran dificultad, deseando huir de esa habitación que de pronto empezó a sofocarme con las palabras desprendidas de su boca.

—No he sanado las cosas que me lastimaron. Cuando te conocí estaba apenas terminando una relación, y bien lo sabes, no pasaron tres meses completos cuando empecé otra; tú me has venido acompañando desde entonces. Sabes cómo me equivoqué. Mi última novia fue un error por presión social, porque me engañé a mí mismo queriendo construir algo que ni siquiera existía. Cuando ella dijo que me amaba caí en cuenta de que no sentía lo mismo, y entonces la terminé de

una manera horrible, pero eso fue mejor a seguir lastimándola, porque después de todo es alguien que vale mucho la pena como novia.

Me sorprende cómo puedo recordar la exactitud de sus palabras. Lo escuché conteniendo el llanto y un sinfín de reclamos que se me atoraron en la garganta. Habló de sus anteriores relaciones, como repasando lo vivido; mencionaba lo mejor y lo peor de otras mujeres sin detenerse a mirarme un instante.

Esperé a que dijera mi nombre y lo que yo había representado en el remolino de sus amores, incluso que mencionara mis errores y desventajas. Pero no lo hizo, y eso sólo me obligó a darme cuenta de que lo nuestro no tenía ningún significado para él. ¿Valdría la pena como novia yo también? Todo ese tiempo había hecho las cosas con las que creí que Edmond daría una respuesta afirmativa a esa pregunta, pero lo más probable es que desde el principio

él se la hubiera planteado y resuelto que sólo estábamos para ser amantes incógnitos.

—¿Por qué la crueldad y los errores de tu pasado te hacen pensar que eso mismo podría repetirse con nosotros? —cuestioné sujetando una de sus manos con debilidad.

—Además de eso, eres muy joven y diferente a mí. Acabas de publicar tu libro, vives en un entorno perfecto y prometedor ¿No te das cuenta? Las palabras ya no salían de mi boca. No pude decirle que en los últimos días había perdido mucho a causa del libro, que para mi propia familia me había convertido en un ser detestable; que tenía escasos momentos de calma y felicidad sólo cuando estaba a su lado y que mi ánimo se había vuelto sombrío. No existía tal entorno perfecto y prometedor.

—Odio que no puedas darte cuenta de que mi mente supera mi edad — respondí apenas en un hilo de voz.

—Y yo no puedo creer que estés llorando —dijo limpiándome los ojos con el borde de la sábana—, nunca llores por alguien que no vale la pena.

—Tú vales mucho para mí, o al menos lo suficiente para sentirme así. Negó con la cabeza sin dejar de retenerme entre sus brazos.

—Conoce a alguien más, yo conoceré a alguien más.

Me fue imposible comprender y tomar con tranquilidad su absurda despedida; por el contrario, cada vez resultó más convincente mi hipótesis sobre las otras amantes que Edmond debía tener, razón por la cual llegué a la conclusión de que finalmente ya se había decidido por una. Sus contradicciones lo superaban todo, ¿de verdad pretendía sanar el pasado conociendo a alguien más y cayendo en los mismos errores? Me convencía esa posibilidad por su forma de ser.

—¡Cómo me confundes! —hablé cubriéndome el rostro con las manos—, te gusta construir la imagen que el mundo aprobaría, y vives la vida como a los demás les gustaría. Eso es un error.

—No necesito una terapia de tu parte — aclaró poniéndose a la defensiva.

—No es ninguna terapia, sólo trato de entenderte.

—Te quiero, Luisa —murmuró de repente.

Lo miré sin comprender, incapaz de decirle que también lo quería, que lo había querido desde el principio. Sucedió todo con rapidez, y de pronto lo sentí besándome de nuevo, recorriendo mi cuerpo con sus labios malditos para poseerme por última vez. Pero ni siquiera en ese instante de tristeza y humillación se me ocurrió la idea de matarlo, no, eso sucedió más adelante, aunque fuese aquella mañana cuando mi espíritu comenzó a sentirse atraído por la muerte.

Quise apartarlo de mi cuerpo con desdén, porque me dio vergüenza el punto al que habíamos llegado, pero al mismo tiempo me sentí desorientada. Edmond me llevó de la mano en dirección a la regadera. Recuerdo haberlo mirado de espaldas; observé cómo el agua caliente corrió por su cuerpo, sin producir ningún sonido, y también cómo el espejo se empañaba gradualmente.

Su rostro no reflejaba aflicción ni melancolía, mucho menos la culpa.

Como si estuviera a muchos metros de distancia apenas escuché lo que me dijo a continuación:

—¿Te das cuenta? —me pasó una mano por la espalda para acercarme a la regadera—, así empezó todo y ahora termina del mismo modo.

Pensé en el *Hotel Pasajeros* y lo asombroso de nuestro primer encuentro, pero la sonrisa en su

rostro me produjo un horror casi insoportable; quería salir corriendo de la habitación y no detenerme hasta sentirme lo suficientemente lejos de él. Hubiera sido fácil, pero mi cuerpo ya no respondía. Estaba asombrada de su serenidad y desconocimiento, era como si nunca hubiera dicho algo que pudiera herirme.

—¿En qué piensas? —preguntó mientras se acomodaba el cabello.

—En nada —respondí poniéndome torpemente los zapatos.

—Mentirosa, cuando uno está en silencio significa que piensa seriamente en algo.

Luchaba contra una especie de trance, apenas moviéndome con torpeza, pagando cruelmente el instante de la cama. ¿Cuánto más podría durar esa situación? Experimenté la insatisfacción de la derrota y la ira reprimida en lo más profundo de mi cuerpo. Ese día me arrepentí de haber llegado a esas alturas, con

mi ingenuidad y sueños de amor, algo que seguramente mataba a Edmond de la risa.

De pronto volvimos a las calles. Hasta antes de salir del hotel esperé con amargura una disculpa de su parte, como alguien que ha cometido un grave error y llega para reconocerlo y compensar la equivocación, pero Edmond nunca lo hizo; en realidad dudo que fuera capaz de pedir disculpas. Ya no habría vuelta atrás.

Me vienen algunas imágenes de lo que pasó a continuación, pero no puedo afirmar si después del hotel nos dirigimos a un sitio para desayunar o fuimos directamente a recoger mi certificado; hoy sólo puedo evocar un momento fastidioso en el enorme edificio de registros. Edmond se quedó afuera esperando a que entrara a recoger mis derechos. En la entrada un oficial me pidió anotar algunos datos en un cuaderno antes de acercarme a las ventanillas; ni siquiera lo miré,

pero él pareció haberme observado mucho antes de entrar.

—¡Qué bonita! —comentó señalando mi mano.

El oficial se refería a una pulsera que llevaba puesta en la muñeca derecha. Un viejo amigo dedicado a la pintura me había traído dos pulseras idénticas de su último viaje por el sur, dijo que debía compartir ese objeto con alguien especial, una persona con quien me complementara en el arte. Decidí regalársela a Edmond por motivos obvios, justamente en nuestra visita anterior. Aún la llevaba consigo, pero tenía la impresión de que cuando reparara en ese detalle me la regresaría.

Apenas y miré al oficial, se trataba de un tipo joven y bien parecido, pero su comentario sólo me trajo una sensación desagradable en el estómago.

—Su anillo también es precioso —insistió.

—Es una serpiente —dije extendiendo la mano para que lo viera bien, y en seguida me dirigí a la ventanilla correspondiente.

La empleada me atendió con entusiasmo preguntando mi nombre y algunos otros datos para la entrega.

—¡Usted se apellida Almaraz! —exclamó con una voz chillona acompañada de un gesto de alegría, como si se hubiese encontrado con alguien conocido.

Le mostré una sonrisa hipócrita.

—Así es, señora.

—Yo también soy Almaraz, ¡qué sorpresa!

Los ojos de la tipa brillaban extrañamente en un entusiasmo que sólo aumentó mi desesperación.

—¿Y el certificado? —pregunté en un tono que debía apagar su efusividad, pero pareció no reparar en mi molestia.

Me entregó un cuaderno de registros parecido al del oficial, y en seguida se puso a buscar entre un montón de papeles al tiempo que hablaba sobre el apellido Almaraz y algo referente a su familia. Al mirar el cuaderno lo primero que vi fue la letra de Edmond con su nombre y la fecha del día anterior. Mi cabeza dio vueltas; puse los datos requeridos con gran dificultad, pensando que en cualquier momento arrojaría el cuaderno contra la mujer de la sonrisa estúpida para callar su voz, aunque eso significara romper el cristal de la ventanilla.

—Una obra literaria, ¿cierto? —preguntó mirándome por encima de sus anteojos.

—Sí señora —dije apretando la pluma entre las manos.

—Así que es escritora —continuó la irritante mujer.

—Es obvio que si vengo a recoger el certificado de una obra literaria es porque,

en efecto, soy escritora —respondí esperando que notara mi mal humor, pero la mujer parecía no comprender y se demoraba en la entrega.

—Debe ser maravilloso tener ese don. Mi odio se concentró en su sonrisa.

—No sabe lo que dice —la miré con impaciencia, a punto de estallar.

—Todo me marca que este documento tuvo que haberlo recogido desde ayer— anunció mirando mi certificado.

—¡Va a entregarme el maldito papel, o no?! —exclamé golpeando con un puño en el cuaderno de registros.

Las personas a mi alrededor fijaron su atención en la escena mientras que la mujer me miraba sorprendida. No mencionó una palabra más y me extendió el documento junto con la copia de mi obra. Caminé enfurecida hasta las sillas más cercanas y guardé los papeles en el

bolso, dispuesta a largarme cuanto antes del edificio.

—Espere, señorita —me llamó el mismo joven de la entrada pidiendo que me acercara.

Contuve la respiración y caminé hasta quedar frente a él y otro oficial.

—Dígame, señor —espeté con desprecio al pronunciar la palabra “señor”. El hombre debía tener menos de veinticinco años.

—Tengo que revisar su bolsa antes de permitirle salir —respondió rápidamente con una sonrisa idéntica a la de la mujer en la ventanilla.

Abrí la bolsa y esperé tratando de ignorar su estúpida mirada.

—Son protocolos necesarios —aclaró viendo a su compañero, ambos sonreían de la misma manera—. Usted se ha robado algo, pero puede llevárselo.

—¡No diga tonterías! —lo miré enfurecida.

—Usted se lleva mi corazón —dijo sin borrar el gesto de coquetería.

—La señorita viene con novio, y él está allá afuera —informó el compañero estallando en carcajadas.

Cerré rápidamente el bolso, temiendo que la furia de mis entrañas me traicionara.

—¡Váyanse al infierno! —grité atravesando la entrada y bajando los escalones con rapidez, sin detenerme para mirar sus reacciones.

Edmond me esperaba a una distancia muy corta, pero no se había percatado de la conversación con los oficiales; tampoco recuerdo si se lo dije o no, pero antes de irnos a la estación me pidió acompañarlo por un café. En ese paseo de las oficinas a la cafetería y luego a la estación me habló acerca de un problema en su academia. Lo evoco fielmente porque esa situación es motivo de que no se me haya reconocido como intelectual del asesinato, o

siquiera como una sospechosa del crimen. Todo se remontaba a una de sus relaciones anteriores. Edmond me contó que había terminado tan mal que la mujer se encargó de esparcir malos rumores acerca de él; sus habladurías lo acusaban de ser un hombre violento y tan despreciable que podía llegar a sobrepasarse con sus alumnas. Aquello llevaba meses escuchándose entre su círculo social, pero él no lo supo hasta unos días antes de habérmelo dicho.

—Hubo quien creyó en los rumores —dijo con aflicción—, por esa razón tuve una pérdida importante de alumnos, pero sólo hasta ahora lo entiendo todo.

—¿Cómo se puede ser capaz de provocar un daño así a alguien que alguna vez se amó tanto? —reflexioné.

Edmond me lanzó una mirada profunda, como si mis palabras lo hubiesen conmovido hasta el dolor. Esa expresión en su rostro me torturó

porque tuve ganas de abrazarlo, como si de pronto hubiese adivinado que muy en el fondo, más allá de su rudeza y frialdad necesitaba consuelo. Pero el orgullo dominaba en mí con violencia.

—Tú conoces mi obra mejor que nadie —declaró cambiando bruscamente el tema—. ¿Crees que las cosas que escribimos son deseos reprimidos? Aparté la mirada.

—De cierta forma.

—No soy un hombre violento —explicó—, pero tú sabes que mi obra contiene escenas crueles, y que todo termina en un asesinato causado por la necesidad de poder.

He pensado, tras analizar ese instante, que nuestro destino siempre fue la muerte trágica. Si yo no hubiera tomado la decisión, Edmond me habría matado a mí, lo sé porque desde el principio estuvimos previstos a no ser, ni juntos ni en soledad para el mundo por la peligrosidad de nuestras almas, pero ya tendrán oportunidad

los críticos para juzgar mi nueva obra. ¡Qué poco quedaba de los viejos poemas de Luisa Almaraz! Y nadie habría podido advertir que bajo la cuestión literaria se escondía una atrocidad infernal a punto de ejecutarse.

Ya no recuerdo más de ese día, los breves destellos que me asaltan muestran a una Luisa extranjera de sí misma.

En la despedida apenas puedo entrever que lo abracé con fuerza antes de abordar un autobús que me llevaría a la universidad. Eran como las cuatro de la tarde cuando ya estaba caminando por los pasillos en busca de un profesor; el asunto era sencillo: una semana antes había discutido con él sobre el tema del amor en una clase de Teoría Literaria.

—¿Cree que de verdad existe? —pregunté desesperadamente a mi profesor durante una charla relacionada a una novela— ¿No se trata sólo de una ilusión que inventan los escritores?

Me miró con los ojos bien abiertos y casi con reproche.

—Por supuesto que el amor existe, sería un problema dudar de su existencia, sobre todo cuando se es escritor.

—¿Y cómo podría convencer a alguien de que el amor existe?

—Mediante las palabras, tus acciones, el apoyo a sus ideales, una mirada, el arropamiento con las manos —levantó un dedo a modo de advertencia—, se trata de estar dispuesto a compartir la vida misma, y eso no es fácil, se necesita ser valiente.

Traté de dominar mis movimientos, pero era casi imposible ocultar mi ánimo casi desmoronado por completo. Encontré al profesor en un salón vacío y entré sin pedir permiso ni anunciar mi llegada, sorprendida y aturdida por tales muestras de altanería.

—¡Se equivocó! —exclamé con gran dificultad.

El profesor es un hombre cuya juventud ya sólo se le puede mirar en los ojos; recuerdo cómo levantó la vista hacia mí con tranquilidad, dejando de escribir.

—Luisa —dijo sin pedir explicaciones acerca de mi inesperada actitud—, ¿te encuentras bien?

—Ninguna de esas cosas para demostrar amor funcionan —murmuré conteniendo el llanto.

—Pero eso no significa que no exista —aclaró, recordando nuestra conversación con facilidad—, el fracaso es probable, pero al menos sabes que supiste amar y que no estás vacía.

Me tomé la cabeza entre las manos y salí del salón sin escuchar lo que el profesor gritó a mis espaldas; había llegado decidida a hablar con él, pero de pronto cualquier presencia se volvió insoportable a mi vista. Caí entonces en una

verdad decepcionante y desagradable: Edmond le temía a mi cariño, y peor aún, a enamorarse de la misma manera.

212

Reconocí otro fracaso y me sentí profundamente desgraciada; pero todo fue por mi maldita costumbre de querer demostrarle siempre, con cada uno de mis actos y palabras, que el amor existe.

XV

Los días que pasaron después de la Ciudad de México fueron detestables, ahora mismo siento vergüenza de contarlos. Caí en borracheras sin control; las primeras sucedieron entre mi círculo de amigos artistas; leíamos poesía en voz alta y debatíamos sobre temas que hoy me son ajenos; ahora no puedo asegurar si yo me atrevía por momentos a leer mi obra o sólo permanecía a la escucha, pero vislumbro entre mis memorias a una Luisa silenciosa y hermética que en alguno de esos días tan confusos se quedó parada frente a un espejo del café Mandrágora tratando de reconocerse y salvarse de una maraña de espinas en la que se encontraba estancada.

En alguna de dichas reuniones invitaron a un poeta proveniente de España; aquel hombre

se acercó con grave interés en la mirada mientras yo observaba el espejo.

—Es como verse a sí mismo en una pintura —comentó sosteniendo un vaso de whisky en la mano y alzándolo como si quisiera brindar conmigo.

Extendí mi copa de vino, tolerando su presencia porque aquellas palabras habían sido adecuadas y él no llevaba una sonrisa irritante.

—Lo interesante es que alguien más podría contemplarla —siguió hablando mientras se paraba junto a mí—, pero nunca podrían terminar de comprenderlo, eso hace que la literatura supere a la pintura.

—Ahora mismo mi propia obra me atormenta —murmuré sin dejar de mirar el reflejo.

—He leído un poco —informó de golpe—, Alonso, que es quien me ha traído a la reunión,

tiene una copia, y antes de venir me habló sobre vos.

—De manera que conoces el libro.

—Alonso me habló de vos, y me sorprende que seáis tan joven, casi trece años menor que yo.

Sonreí ligeramente ante el comentario.

—Todos se sorprenden.

—Me cautivó el estilo, es exquisito y altamente seductor.

Finalmente lo miré; no me interesaban sus buenas críticas y el entusiasmo por halagar el erotismo en mis poemas, en realidad deseaba ver si ese hombre había tenido la inteligencia suficiente para darse cuenta de lo que había detrás de mi obra: un lóbrego lugar de sombras y depravaciones.

—¿Qué fue lo que más te asombró? — pregunté llevándome el resto de vino a la boca y sirviendo más.

—El deseo de lo prohibido —reflexionó—, eso es una constante en la mayoría de los textos. Me siento atraído y me enloquece descubrir las razones que tuviste para escribir esos poemas.

Las mismas muecas las observé muchas veces en Edmond cuando llegábamos a hablar de la obra. Pero el frío y el horror que sentí recorrerme la espalda vino cuando recordé a Henry y a Pablo con la misma expresión que la del español, que la de Edmond, que la de muchos otros hombres.

En seguida de haber reconocido mi grave error me vino el enojo y la indignación; Edmond no se había conmovido con aquel poema iniciático porque me comprendiera y sintiera que en el mundo había un ser como él; Edmond sólo se sintió atraído por el deseo y la seducción de las pasiones humanas que conllevan prohibiciones y la destrucción de lo moralmente aceptado.

Ya podrás imaginar, lector, que no me importaba en absoluto saber cualquier cosa relacionada con el extranjero. Esa noche me dijo su nombre cuando salimos del café y caminamos por las calles vacías, pero no lo recuerdo y tampoco se lo pregunté de nuevo.

El aire fresco me quitó la sensación de sofoco, pero no la de abandono y extravío. Lo más impresionante de esa noche ocurrió cuando el hombre me propuso escapar a un sitio que nos permitiera ejecutar nuestra lascivia de escritores, y yo — con el alma ensombrecida—, lo conduje a *Pasajeros*, como si eso significara un terrible acto de traición en contra de Edmond; pero al llegar no había rastros del hotel.

—¡Estoy segura de que esta es la dirección!
—exclamé confundida mirando hacia un estacionamiento cerrado.

—Busqué muchos hoteles para hospedarme —dijo el hombre a mi lado—, nunca

encontré uno que se llamara como vos decís.

Me acerqué a una cafetería a punto de cerrar y pregunté a un empleado sobre el lugar, pensé que probablemente estaba más adelante o, lo que era peor, había sido cerrado.

—Nunca ha existido un hotel con ese nombre, señorita, al menos por estos rumbos —informó.

—Quizás no lo ha visto —murmuré para mí misma, pero el hombre de al menos unos sesenta años alcanzó a escucharme y negó con la cabeza.

—He trabajado aquí por más de veinte años, es usted quien está equivocada; la calle sí se llama *Pasajeros*, pero dicho hotel no existe.

Permanecí aturdida y desconcertada por un largo tiempo, pero el español se mantenía paciente ante mis indescifrables silencios; trataba de convencerme para que fuéramos al

hotel en el que se hospedaba, y al cabo de una hora sin ninguna explicación de mi parte sobre la importancia de *Pasajeros*, terminamos en su habitación de viajero.

Al día siguiente tenía programada una presentación en un museo cerca de la academia de Edmond; acepté la invitación con la esperanza de que él apareciera entre el público. Lo cierto es que nunca asistió a ninguna de las entrevistas ni conversatorios sobre el libro, desconozco sus razones, pero me entristecía infinitamente tener que enterrar la ilusión de verlo caminar entre los intelectuales para acercarse a mí después de haber escuchado la lectura de los poemas que le dediqué.

El libro había sido mi sortilegio, al igual que Edmond, pero todo eso se estaba desvaneciendo de forma confusa, igual que el *hotel Pasajeros*. Empecé a sentir como si nada de lo anterior hubiese existido jamás. Todavía no me explico

cómo pude sostener la entrevista con el presentador y tolerar las preguntas del público que se mostraba embelesado.

Comprendí que había dejado de ser el personaje que puede gozar del amor, y que de nuevo me convertía en el mismo ser melancólico de la pluma y las quimeras. ¿Le habría sucedido a Edmond?, ¿estaría sintiéndose del mismo modo?

Los interrogatorios me invadían especialmente en la crueldad de mis noches sin sueño, y lo más irritante es que siempre llegaba a las mismas conclusiones. Era imposible que Edmond sufriera como yo, su mundo estaba repleto de infinitas cataratas de actrices y bailarinas, mientras que el mío sólo se resumía al estúpido escritorio solitario atestado de fantasmas y ausencias. No hay seres en la tierra más tétricos y melancólicos que los escritores; a veces levantamos la vista de nuestros libros

para contemplar criaturas que son capaces de cautivar y representar una letal inspiración; nos sometemos a las pasiones creyendo que podemos cambiar nuestro destino de solitarios; nos saciamos con la ambrosía del cuerpo amado, deseando eternidad; entregamos todas las palabras del mundo a nuestros amantes y terminamos tan heridos de gravedad que volvemos con gran dificultad al irreconocible escritorio, sólo para tomar el tintero lleno de sangre con más descaro y violencia que antes, y todo para después salir —breve e insoportablemente— a contar historias.

A esa fase de mi dolor la llamo introspección; por primera vez miré los hechos con una perspectiva más desoladora, como ya lo he dicho, desde el escritorio. Y aunque en muchas ocasiones trataba de entender por qué hacía ciertas cosas, la locura terminaba por dominar mi ser.

Durante la semana siguiente al último encuentro con Edmond me aseguré de estar completamente sola; dejé de frecuentar a los amigos en el taller y en Mandrágora; me contuve para responder los mensajes de Alonso llamándome a cenar, con el objeto de hablar sobre mi próximo libro, y rechacé todas las invitaciones de mi familia para reuniones con motivos de celebración. Mi excusa para no recibir ni siquiera visitas fue la cantidad de trabajo en la universidad, y la promesa de no ausentarme por mucho tiempo.

En uno de esos días anteriores al asesinato me asaltó una pesadilla que puedo recordar muy bien a pesar de que me encontraba bastante ebria y con fiebre. Sucedió después de una noche de borrachera en el jardín, porque el escritorio me reprochaba y las paredes se me encogían. Es todo tan confuso, sólo puedo contar que me quedé dormida al

aire libre, expuesta a la lluvia que cayó esa madrugada.

Cuando desperté tenía el cuerpo congelado y la boca seca; apenas pude levantarme. Tomé un baño caliente y traté de dormir a pesar de la fiebre y la tos.

Soñé con un mundo devastado por causas que nunca entendí; el escenario era para sentir espanto, lleno de neblina y confusión. En esa dimensión las personas formaban campamentos en las pocas construcciones fuertes que quedaban, tenían que salir a conseguir provisiones y portar armas para protegerse del peligro. Me veía a mí misma caminando entre campamentos vecinos, buscando a Edmond con impaciencia, preguntando su nombre y dando referencias de su físico.

Lo encontré en un edificio ruinoso como todo lo demás, y aunque me reconoció, pareció no estar sorprendido. Recuerdo haberle

preguntado algunos detalles sobre los estragos en su vida luego de la desgracia del mundo, para después pedirle que nos fuéramos juntos. El Edmond de mi sueño tenía una mirada apagada y huraña; me pidió caminar en dirección a un lago que se miraba tenebroso por sus aguas enrojecidas y un extraño vapor que se desprendía de él, como si estuviera ardiendo.

—No me gusta este lugar —dije deteniendo el paso, pero su sonrisa me animó a continuar hasta llegar a la orilla del lago.

De alguna parte de mi ropa saqué un montón de hojas para dárselas.

—¿Sigues escribiendo?

—Escribí sobre ti en todo este tiempo.

Tomó los papeles entre sus manos por un segundo y luego las arrojó al suelo.

—Estas cosas ya no tienen importancia, Luisa, debes dejar de ser tan estúpida.

Su rostro se transformó, de pronto parecía un animal hambriento. Me besó con brusquedad y me pegó a su cuerpo con la misma energía; sentí un dolor punzante, como si sus dedos se hubieran adherido a mis brazos. Recuerdo sentir cada una de mis extremidades entumecidas, y las ganas de seguir envuelta en él a pesar de la violencia, pero lo que siguió en el sueño me hizo despertar de golpe; Edmond me empujó a las aguas de aquel lago tenebroso sin vacilaciones, como si se tratara de un acto premeditado.

Ni siquiera en la enfermedad, sintiendo el cansancio más devastador fui capaz de conciliar el sueño. Cualquier alimento me era insoportable; tardé dos noches para dormir algunas horas y poco más de tres días para comer una ración completa sin volverla. Apenas pude reponerme para asistir a algunas clases en la universidad antes del fin de curso.

Rechacé todas las invitaciones que llegaron pidiéndome presentar el libro, y con ese mismo fervor ignoré cada una de las llamadas de Henry en los días siguientes. Estaba atormentada por los recuerdos y las ganas de ver a Edmond una vez más.

Me propuse escribir una novela con nuestra historia, ese era el objetivo inicial; puedo asegurar que cuando comencé a redactar esas páginas que terminé quemando, todavía no tenía en mente la idea de matarlo; si acaso me sentía atraída por la muerte se trataba de un deseo causado por la poesía y el cansancio.

El primer manuscrito fue por salvarme del desorden. La noche en que comencé a escribir recordé su propuesta de hacer una obra juntos. “Una madrugada frenética”, había dicho él, con una jarra de café y sin dormir hasta poner el punto final. Después de todo, me había abandonado no sólo en una, sino en todas las

frenéticas noches tras su decisión en el hotel de la Ciudad de México.

Meditaba sobre el pasado y las cosas que valdría la pena contar cuando de pronto sonó el teléfono; estuve a punto de colgar por impulso, creyendo que nuevamente se trataba de Henry, pero en esa ocasión fue Edmond quien me llamó.

Mi corazón golpeó y un extraño temblor se apoderó de mis manos.

—¿Edmond? —pregunté tímidamente, como si estuviera alucinando.

—¿Cómo se encuentra mi escritora favorita? —dijo en un tono de voz extraño, como si hiciera un esfuerzo por no arrastrar las palabras.

—¿Estás borracho?

—Estoy muy borracho y muy solo, Luisa.

Edmond casi nunca pronunciaba mi nombre, de hecho, son contadas las veces que lo escuché salir de su boca.

—Voy a cortar la llamada, seguramente te equivocaste.

—¡No! —exclamó rápidamente—, quiero hablar contigo, necesito verte.

—Mañana no te acordarás de esto —traté de convencerlo.

—No puedo despedirme de ti.

—Ya lo hiciste, Edmond, ¿no te acuerdas?

—Fue un error muy estúpido.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Estoy muy cansado —susurró—, todos me traicionan y en estos momentos me siento muy solo.

Su voz adolorida y su talento de actor eran una cosa engañosa, pero me sentía débil y a punto de perder el control de nuevo.

—¿Todos? Yo no te traicioné.

—Por eso estoy hablando contigo, porque tú me amas —guardó silencio por unos instantes—. Eso es cierto, ¿o no?, dime

que me amas, necesito saberlo, ¿Por qué te callas?

Todo un cortejo de dudas comenzó a invadirme.

—No sé qué pensar, me abandonas en la profundidad y luego vuelves para saber si te amo. Tengo la sensación de que cuando te lo diga me empujarás de vuelta al abismo que se abrió entre nosotros.

—Déjame verte otra vez.

Lo que esas palabras produjeron en mí fue una extraña liberación, experimenté una especie de alivio y calma después de los días anteriores.

Acordamos vernos pronto, y tras cortar la llamada me dispuse a abandonar el estudio; entré en la cama a las dos de la mañana. Después de tantas noches agitadas anhelaba descansar, dormir profundamente y para siempre si eso era posible, llevándome la seguridad de que Edmond deseaba verme de nuevo para que yo

le dijera cuánto lo amaba. Me pareció que ya ninguno de los dos volvería a alejarse en este mundo de infortunios y miseria.

XVI

Pasaron varios días para que acordáramos una cita; hoy no comprendo cómo accedí a que el encuentro sucediera en *Pasajeros*, pero al hablar con Edmond me dominó de nuevo el deseo. Traté de explicarle cómo descubrí que el hotel ya no existía, sin mencionar al español y nuestra noche de alcohol; Edmond me convenció de que seguramente fue una equivocación y por eso no vi el hotel.

Era una tarde lluviosa; tomé la vieja Ranger 79 que un amigo había decidido confiarme desde meses atrás, sólo durante el tiempo que duraría su estancia en Argentina por movilidad universitaria. Me sentí extraña al poner las manos en el volante y mirar la carretera después de no haber abandonado el estudio en varios días.

Estuve decidida a confesarle mi amor a Edmond y dispuesta a olvidar aquella mañana tan extraña y cruel en la Ciudad de México. ¿Sería que por fin las grietas se cerraban y la ausencia de esos días no había hecho más que confirmar nuestros sentimientos? Frente a mí se abrió nuevamente la esperanza y el optimismo de que así fuera.

Mientras conducía saqué un cigarrillo y me maldije por haber olvidado el encendedor en mi estudio; abrí la guantera en busca de alguno y mi sorpresa fue una *Ballester- Molina* plateada con el cargador lleno. Avancé unas cuantas calles y me detuve junto a un parque solitario para contemplar el arma. No me sorprendía que aquel amigo tuviera un arma guardada con tan poca discreción y menos que la hubiera olvidado ahí dentro. Lo que en realidad me asombró fue sentir la pistola en mi poder, y en lugar de regresarla a su lugar la metí en mi bolso. Ese

acto fue el primer signo nefasto de lo que estaba a punto de suceder.

Me olvidé de todo cuando vi a Edmond; las noches anteriores se transformaron en pesadillas que parecían no haber sido reales, y de pronto era como si él y yo fuéramos los mismos que solían discutir sobre sus proyectos y sueños de grandeza. Cada vez que Edmond se aproximaba a mí en medio de otras personas, yo pensaba: “Tenemos un vínculo secreto que nadie podría comprender”. Esa sensación de orgullo, el estremecimiento de placer y necesidad en la idea de que era mío, debieron haberme revelado que caminaba por un sendero sin salida, aconsejada por la soberbia de pensar que un hombre como él llegaría a amarme.

Mientras lo veía aproximarse por la acera, el altivo sentimiento estaba casi hecho pedazos por una sensación de culpa y vergüenza, provocada por el recuerdo de los días anteriores, de mi

estúpido, cruel y detestable comportamiento. Quería que la gente que transitaba por ahí desapareciera para que yo pudiera lanzarme en sus brazos y calmar el horror.

Edmond, sin embargo, no pareció perder el dominio y me saludó con una expresión muy calculada, como si sintiera la necesidad de probar ante los indiferentes desconocidos que entre nosotros no había más que una amistad. Me tendió una manzana roja y se limitó a sonreír con perversión mientras recorría mi cuerpo con la vista. La sensación de amargura comenzó a poseerme de nuevo, pero esperaba encontrarme con él a solas lo antes posible para confirmar mis esperanzas y desechar los vertiginosos pensamientos en mi cabeza.

Cuando me preguntó si deseaba ir por un café antes de entrar en *Pasajeros* le dije que aquello podíamos hacerlo después; ansiaba escuchar de su boca la palabra amor, presentía

que en una cafetería llena de gente sería más difícil. Me sorprendí al ver el hotel, con sus enormes letras doradas en la entrada y sus balcones intactos, pero me hice a la idea de que aquel escenario vacío que contemplé la noche con el español había sido una terrible confusión.

Nos dieron una habitación en el último piso; recuerdo un enorme pasillo con grandes espacios entre cada estancia; las luces iluminaban tenuemente la última puerta de ese corredor por el que nunca debimos caminar, para llegar a entregarnos como dos adolescentes que están acostumbrados a cometer errores y remediarlos con desenfadada rebeldía. ¡Qué lástima que debajo hubiera hechos inexplicables y sospechosos!, ¡cómo desearía que no hubiéramos sido más que ese momento!

Tras cerrar la puerta me envolvió una nube de apatencia que me impidió llevar a cabo los

cuestionamientos planteados en las últimas horas. Las manos de Edmond recorriendo mis piernas nublaron el ánimo de explicaciones y ambos nos entregamos a esa ilusión perentoria.

Conversamos sobre su trabajo y la universidad tras el enloquecido arranque, mientras terminábamos de vestirnos para ir a la cafetería; luego se prolongó un silencio extraño, y entonces Edmond me miró profundamente.

—Pensé que no vendrías —dijo al fin.

Me castañearon los dientes. Recordé la manzana y le di una mordida antes de hablar.

—¿Cuándo no lo he hecho?

—Te extrañé, aunque no lo creas —dijo con una nota de vehemente deseo.

—Me lo dijiste en la llamada —respondí salvando la corta distancia entre nuestros cuerpos—. Pero hay algo que no entiendo, Edmond, ¿Por qué tomaste esa decisión en Ciudad de México?

Él me miraba sin responder.

—¿Por qué no dices nada? Tenemos que hablar sobre la llamada.

—¿Por qué siempre necesitas encontrar una respuesta de todo? —habló moviéndose a otro lado de la habitación— Hablemos sobre las obras. He escrito algo que necesita tu revisión. Además, quiero saber qué has estado haciendo, si ya escribiste algo nuevo.

Me irritaba su manera de rehuir mis preguntas.

—No —le respondí—, no deseo hablar de las obras en este momento, sino de nosotros, necesito que me digas hacia dónde nos dirigimos. En tu llamada querías escuchar que yo te amo, ¿lo recuerdas?

Me apartó los ojos y se dirigió al extremo de la cama en el que se encontraba tendida su chamarra; sacó un cigarrillo y lo encendió. Por más que traté de buscar las respuestas en

sus movimientos, no pude debido a sus difusos silencios.

—Es que no recuerdo casi nada de esa llamada —confesó.

238

Supe que mentía, como sin duda lo había hecho infinidad de veces en nuestro tiempo anterior, y más que antes sentí que jamás llegaría el día en que pudiera unirme con él en forma total, pero esta vez ya era impensable seguir soportando la incertidumbre y resignarme a las frágiles conexiones, tan tristemente instantáneas como el recuerdo de los sueños al despertar.

—Me pediste decir que te amo —aclaré apretando la manzana entre el puño—, yo quiero saber lo mismo, nada más eso, saber que me quieres.

—Claro que te quiero, pero siento que aún no es nuestro momento. Lo miré a través del humo con la sangre hirviendo.

—¿Es el momento de alguien más?
Reflexionó unos segundos.

—Todavía no lo sé.

—Entonces admites que sí hay alguien. Se rascó la sien y encendió otro cigarro.

—No he dicho eso.

Su manera de esconder los ojos sólo me confirmó la hipótesis.

—Tampoco lo negaste —murmuré al filo de la desesperación—. Ahora entiendo tus razones para despedirte aquel día; hay una persona que te confunde y no sabes si decidirte por ella o por mí. De manera que me traicionaste.

—¿Qué te he traicionado? No.

Por un instante, el único soportable de aquella entrevista, nos miramos con recelo. Y era como si los dos hubiéramos estado recorriendo un pasillo con una división que nunca vimos. ¡Qué estúpida ilusión mía había sido todo! El pasillo solitario, oscuro y

melancólico sólo lo habitaba yo; el de alegrías, placeres, frivolidad y el mundo sin escritorios y poemas era el de Edmond, que no conocía lo que había hecho de mí en todo ese tiempo y lejos estaba de imaginar que se lo mostraría en medio de esas paredes.

Me acerqué con dificultad al bolso y lo sostuve con fuerza entre las manos por varios minutos, aceptando que el destino finalmente se revelaba y era inexorable. ¡Dios mío, no tengo fuerzas para decir qué sensación de infinito miedo vació mi alma!

—Escucha, Luisa —dijo vagamente, como si se encontrara a una distancia más larga—, no quiero perderte. Tenemos mucho camino por recorrer todavía.

Esas últimas palabras no fueron suficientes para apaciguar mi rencor.

Le di la espalda y saqué la *Ballester-Molina* tratando de calmar el temblor en mis manos;

el sonido que produjo el bolso y la manzana al pegar contra el suelo sonó al mismo tiempo que cargué el arma.

Lo que sucedió enseguida lo recuerdo como una pesadilla. Temblando me di la vuelta y nuestros ojos se encontraron; Edmond tiró el cigarrillo y su rostro palideció en cuanto me vio extender la pistola.

—¿Qué estás haciendo, Luisa?—tartamudeó.

—Me dejaste sola, Edmond. Ya no encuentro otro modo de arreglar este desorden.

Él apretó la mandíbula y me miró con ojos cristalizados por el espanto.

—Dime que el arma es falsa —pidió dando un paso y extendiendo la mano con la que había sujetado el cigarrillo antes, pero en seguida retrocedí.

Llorando le dije las últimas palabras antes de soltar el primer disparo:

—Te amo, Edmond, pero ya no quiero seguir esta comedia. Me cansé del teatro y las esperas.

242

Atiné el proyectil en su hombro, eso apenas lo hizo doblarse ligeramente y apoyar su mano sobre la herida; lo vi lanzarme una mirada dolorida y confundida a través de las lágrimas. Un súbito furor fortaleció mi alma y le disparé tres veces más en dirección al pecho. Ahogué un grito de horror y sin soltar la pistola que me quemaba la mano derecha me acerqué a él. Edmond cerró los ojos con fuerza y trató de no caer al suelo, abrazándose a mi cintura con desespero. Miedo o arrepentimiento es lo que debió sentir. Caí de rodillas a su lado cuando noté que me había llenado la falda de sangre; le puse una mano sobre el abdomen y miré fijamente cómo le temblaban los labios. No articuló una sola palabra además de mi nombre, casi en un susurro, y yo tuve la impresión de

que me iba a pedir perdón, porque extendió una mano hasta mi rostro para correrme las lágrimas; pero tal vez entendía que ya era tarde para pedirme algo, y esa última mirada era sólo una despedida definitiva en la que se encerraban nuestras ternuras y sospechas del pasado, las disculpas y los reclamos.

Todavía me siguió con la mirada atónita cuando me levanté y busqué el bolso para guardar la pistola; salí de la habitación con dificultad, chocando con los muebles y sintiendo que el pasillo se movía. Atravesé el interminable corredor a pasos lentos y bajé por las escaleras de servicio hasta encontrar una puerta trasera que me arrojara de nuevo al frío de las calles. Me sorprende la rapidez con la que encontré esas direcciones, y sobre todo que nadie hubiese reparado en mi presencia ni en el ensordecedor ruido que produjo la *Ballester- Molina*. Desde un principio, cuando Edmond pidió las llaves

de la habitación, el empleado en la recepción jamás prestó especial atención en nosotros porque atendía una llamada telefónica.

En este país los crímenes son cosa de todos los días.

Corrí a la camioneta y conduje sin rumbo durante mucho tiempo. Me poseían el odio, el desprecio, la compasión y el arrepentimiento, pero sobre todos esos sentimientos el amor indescriptible que se encerró en la última mirada entre Edmond y yo.

En algún momento de la noche fui a parar en el sitio menos pensado: el departamento de Henry. Toqué el timbre con energía hasta que lo vi aparecer en pijama. Su sorpresa fue tal que me tomó de los hombros y me hizo entrar. En las manos y en ropa llevaba la sangre seca de Edmond, una prueba escalofriante de mi crimen.

—¿Qué te sucedió? —preguntó alterado.

Las palabras no lograron salir de mi boca, pero conocía tan bien ese departamento que empecé a moverme con rapidez hasta encontrar el papel y la pluma con la que hoy escribo sobre estas páginas. Luego me dirigí al cuarto de herramientas y saqué del bolso el último manuscrito en el que había estado trabajando durante mis noches de pesadilla, para quemarlo con un soplete. Henry me observaba con preocupación, siguiéndome a todos lados en espera de una explicación.

—Sólo necesito esto —dije guardando la pluma y el paquete de hojas.

Él me tomó de los hombros con fuerza y me atacó con la mirada, como si yo todavía fuera suya.

—¿Qué demonios te pasa, Luisa?! —gritó desesperado.

—¿Puedes hacerme un favor?

—Siempre te dije que haría cualquier cosa por ti. Reflexioné sobre aquello.

—Si eso fuera cierto hoy no nos encontraríamos parados en tu departamento de este modo —susurré con reproche.

—Tienes razón, lo siento tanto.

—Sólo te pediré una cosa en nombre de lo que alguna vez fuimos. Clavó su vista en mis manos y en los rastros de sangre sobre mi ropa.

—Explícame lo que está sucediendo.

—Cuando te haga llegar estas páginas, encárgate de que se hagan públicas; entrégaselas a mi editor y luego saca una copia para la policía. ¿Me escuchas? Alonso es el primero que debe tenerlas.

Sus ojos me miraron con espanto y desconcierto.

—¿Qué hiciste?

Henry ya había comprendido que no era yo la víctima.

—Te pido un poco de tiempo antes de que divulgues esta conversación —dije en un tono

de súplica—. Debes esperar a que yo te entregue mis confesiones.

—¡Santo cielo, Luisa!—exclamó tomándose la cabeza entre las manos.

—También te pido que no las leas, te bastará con saber que ahí no podrás encontrar a la Luisa que conociste.

—¿De quién es esa sangre? —su mirada reflejaba el temor por mi respuesta. —¿Y por qué demonios te falta un zapato?

Hasta ese momento reparé en que no llevaba una de las zapatillas blancas.

—Se me debió caer en las escaleras— murmuré quitándome la que llevaba puesta y sosteniéndola con las manos temblorosas al ver que tenía rastros de sangre.

Henry soltó un golpe a la pared y yo me di la vuelta para salir y dirigirme al auto. Trató de detenerme, pero le fue imposible, y yo tampoco me quedé para asegurarme de que cumpliría su

promesa. Sin embargo, hasta este momento, me consta que ha guardado el secreto de mi visita.

No volví a casa; mis amigos y familia están tan acostumbrados a mis impulsivos arranques, que debieron pensar que finalmente tomé la decisión de hacer mi viaje anhelado. Suelen leer el periódico, es indudable que la noticia llegará a sus oídos en cualquier momento. Esperaba que me vincularan con el crimen tras analizar las pruebas de la zapatilla y la manzana roja, dos aspectos que me caracterizan en demasía. Pero a nadie se le ha ocurrido hacerlo.

Empecé a escribir tras haber visto la nota y lo que se ha dicho en las investigaciones, pero especialmente después de escuchar la entrevista que le hicieron a una maestra de la academia de Edmond. Danza aérea; debí imaginarlo todas las veces que miré las telas colgantes en el salón de los espejos, con Edmond encima de mí apartándome la vista de ellas. La joven es apenas

tres años mayor que yo, y de inmediato se percibe que es de esas mujeres sin algo extraordinario por reconocer; con cabellos despeinados y ademanes ordinarios; carente del porte y los rasgos de elegancia que suelen presumir las bailarinas. Mostraba poco dominio de vocabulario mientras contaba detalles de su relación con Edmond: un noviazgo de casi medio año que Edmond no hizo público. En su declaración lo defendía de los malos rumores que habían corrido sobre él y narraba las últimas salidas a su lado, entre ellas habló sobre la Ciudad de México; dijo que lo acompañó a recoger los derechos de su obra y que habían recorrido felizmente Bellas Artes. Descartó la posibilidad de una amante cuando el entrevistador lo planteó y se mantuvo firme en la convicción de que el asesinato había sido el resultado de un asalto. Su nombre ni siquiera se grabó en mi mente y tampoco despertó los celos que yo hubiera imaginado. Sentí náuseas

al conectar la pieza faltante en la ridícula comedia, y un sentimiento de decepción en contra de Edmond por sus mentiras y el descaro para haber recorrido los mismos lugares que conmigo al lado de esa mujer tan diferente y contraria a los aires de grandeza que él tenía. Pero no me detendré a analizar dicha situación.

Tampoco valdría la pena explicar lo que hice después para escoger el sitio adecuado en el que escribiría todo este corrido. La mayoría de las cosas dejan de tener importancia cuando es bien sabido que la muerte se aproxima.

Y a pesar de todo, existe algo importante además de mi nuevo manuscrito. Desde muchos días antes del asesinato llevaba conmigo la fotografía que Edmond hizo de nosotros en Bellas Artes; la conservaba dentro del bolso para convencerme de que fuimos reales, aunque ya estuviéramos muy lejos de ser aquellos. A menudo las imágenes, las fotografías de colores

placenteros no toman verdadero sentido hasta que pasa el tiempo; como si quedaran en espera de verse ciertas en un momento de duda. Nos hacemos retratos de lo que amamos con el fin de recordar, pero realmente esos pedazos de pasado sólo sirven para construirse con el resto de nuestras vidas, por eso hay fotos que duelen y otras en las que no vemos demasiada importancia. Las fotografías nos revelan secretos, le dan sentido a una situación que quizá cuando fue capturada no se comprendía. Aquella foto en Bellas Artes que yo guardaba tan melancólicamente en el bolso es precisamente un retrato que me mostró el significado de Edmond y yo, y la razón de mi crimen, aunque antes no me diera cuenta.

XVII

Durante estos últimos días he pensado en llevar yo misma el manuscrito a las autoridades, pero han sido tan imbéciles en las investigaciones que ya puedo imaginarme la clase de interrogatorio al que estaría sometida; ellos jamás comprenderían los motivos que tuve para asesinar a Edmond.

Las notas de los periódicos dicen que encontraron su cuerpo tendido sobre el asfalto de la calle *Pasajeros*, con cuatro heridas de bala y sosteniendo una zapatilla blanca en las manos. La escena del crimen se miraba repleta de sangre y con una manzana mordida a pocos centímetros de distancia. Supe que le midieron mi zapatilla a la mujer con sueños de tela, y que cuando descubrieron que el zapato era demasiado pequeño para ella y que los rastros de saliva en

la manzana y sus huellas en las pertenencias de Edmond no coincidieron, empezaron a pensar la posibilidad de una amante. No me sorprende la incompetencia de que también lo hubieran considerado un asalto, lo que a mí me impresiona realmente es que Edmond haya tenido la fuerza para llegar hasta la calle sin ser visto y auxiliado por alguien. Me gustaría tener la cabeza para analizar ese hecho, pero ya no puedo lidiar con el cansancio que he tenido que soportar desde que lo conocí. Quiero detenerme a tratar de comprender las incoherencias en la escena del crimen y la rareza del lugar en donde ocurrió todo. Anoche me dirigí al sitio de mi desgracia porque sentí a la muerte respirarme más cerca que nunca, pero descubrí que la construcción había desaparecido nuevamente.

¿Ahora lo entiendes, lector? El agente que lleva el caso me tomaría de loca si trato de explicarle que todo sucedió en *Pasajeros*, pero

no la calle, sino un hotel que ya sólo existe en mis recuerdos. Y al final, tras haber recibido mis páginas, indudablemente tendrá tiempo para leer estas líneas y entender que cualquier cosa que me conectara con Edmond estaba destinada a desaparecer.

Entre tanto, debo apresurarme a entregarle el manuscrito a Henry, con la prueba de mi otra zapatilla. Ya no tengo ninguna esperanza, ni siquiera la de encontrarme con Edmond después de mi muerte, y eso resulta ser de gran alivio porque poco a poco todas las incertidumbres abandonan mi existencia.

Puede ser que no entiendas mi obra, sospecho que me creerás demente, pero basta con saber que para dos amantes como Edmond Zazueta y yo, no existe ni podrá existir un lugar en el mundo.



Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Rector

Doctor en Ciencias Computacionales

José Raymundo Marcial Romero

Secretario de Docencia

Doctora en Ciencias Sociales

Martha Patricia Zarza Delgado

Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados

Doctor en Ciencias de la Educación

Marco Aurelio Cienfuegos Terrón

Secretario de Rectoría

Doctora en Humanidades

María de las Mercedes Portilla Luja

Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Ciencias del Agua

Francisco Zepeda Mondragón

Secretario de Extensión y Vinculación

Doctor en Educación

Octavio Crisóforo Bernal Ramos

Secretario de Finanzas

Doctora en Ciencias Económico Administrativas

Eréndira Fierro Moreno

Secretaria de Administración

Doctora en Ciencias Administrativas

María Esther Aurora Contreras Lara Vega

Secretaria de Planeación y Desarrollo Institucional

Doctora en Derecho

Luz María Consuelo Jaimes Legorreta

Abogada General

Maestra en Salud Animal

Trinidad Beltrán León

Secretaria Técnica de la Rectoría

Licenciada en Comunicación

Ginarely Valencia Alcántara

Directora General de Comunicación Universitaria

Doctor en Ciencias Sociales

Luis Raúl Ortiz Ramírez

*Director de Centros Universitarios y
Unidades Académicas Profesionales Región A
y Encargado del Despacho Región B*

La novela *Sucedió en Pasajeros*, firmada bajo el seudónimo Lupita Archundia, se distinguió por estar muy bien escrita, con una redacción que ayuda al lector a seguir la trama y distinguir plenamente las situaciones narrativas de la novela. La propuesta genera desde el comienzo una tensión dramática que es llevada con puntualidad y pertinencia: el asesinato de Edmond Zazueta que será relatado por la responsable, una mujer, Luisa Almaraz, escritora, que queda atrapada en el círculo de amor-odio, eros-tanatos, en su relación con el asesinado, esto en un ámbito académico e intelectual que determinará gran parte de las escenas y situaciones de la novela. En la línea de las narraciones que experimentan la premisa de que el crimen en ocasiones puede ser entendido como una de las bellas artes, la novela se desenvuelve con soltura y precisión, con detalles casi paródicos que fortalecen el relato, aunque siempre queda la duda de los alcances, reales e irreales, de lo que cuenta la escritora-asesina en su condición de poética de un crimen. Por lo anterior, es que se ha designado a esta novela como la ganadora.

Gustavo Ogarrío



SDC

30
ANIVERSARIO
U A E M E X